Recuerdo mi origen

Vito Apüshana
Fredy Chikangana
Nataly Domicó
Hugo Jamioy
María Violet Medina Quiscue
Iván Niviayo
Nelson Tuntaquimba Quinche

Cristian Valencia (compilador)

Circulación gratuita
libro al viento

libro al viento

Una campaña de fomento a la lectura de la secretaría de cultura, recreación y deporte y el instituto distrital de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

Circulación
libro al viento
libre

LIBRO AL VIENTO LATERAL

Recuerdo mi origen

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia Nayibe López Hernández, Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Nicolás Francisco Montero Domínguez, Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Catalina Valencia Tobón, Directora general
Paula Cecilia Villegas Hincapié, Subdirectora de las Artes
Mauricio Galeano Vargas, Subdirector de Equipamientos Culturales
Leyla Castillo Ballén, Subdirectora de Formación Artística
Adriana María Cruz Rivera, Subdirectora Administrativa y Financiera
Adriana Martínez-Villalba García, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa,
María Camila Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes Zuluaga,
Yenny Mireya Benavídez Martínez, Wilmar Molina Vargas.
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, agosto de 2021

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

Imágenes de carátula e interiores: Camila Cardeñosa.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes
© Fredy Ordóñez, por la presentación

Fredy Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
978-958-5595-85-9, isbn
Impreso en Colombia

Este libro es producto de un convenio de la colaboración entre la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Comisión de la Verdad, con el apoyo de La Paz Querida.

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @LibroAlViento

Contenido

La voz de los pueblos indígenas, una voz necesaria

Bogotá es una ciudad diversa. De ella forman parte los pueblos indígenas, afrocolombianos, palenqueros, raizales y rom, y es importante que (re)conozcamos sus aportes. Sin embargo, el racismo y la discriminación han invisibilizado la historia de estos pueblos. En la escuela aprendemos una historia colonial que glorifica a los conquistadores españoles, y que dice poco o nada sobre la cacica Gaitana, sobre Bochica y Bachué, sobre la existencia de pictogramas en Suacha —nombre original muisca—, que no han sido preservados debidamente, a pesar de su importancia.

Las narraciones de este hermoso libro tienen un valor profundo. Muestran las resistencias históricas de los pueblos indígenas, su fuerza, la profundidad de su palabra, cosas a las que ningún prólogo puede hacerles justicia. Plantean un llamado a pensarnos como sociedad, a escucharnos, a dialogar, a forta-

lecer la palabra, a tejer una sociedad distinta, a que Bacatá se reconozca diversa y lo ponga en práctica.

Varios de los autores de este libro son autoridades y líderes de sus pueblos, son escritoras, escritores, oralitores y poetas. Por eso también el fortalecimiento del gobierno propio, el ejercicio de la autonomía y su resistencia son parte esencial de varios de estos relatos. Más que una recopilación de escritos, este libro es un encuentro con la memoria, la resistencia de los pueblos indígenas y la historia de Bogotá como ciudad multicultural y diversa. La esencia de su cosmovisión, cultura y resistencias se ve reflejada en estas narraciones.

Sobre la historia de Bacatá[1] —Bogotá— sabemos poco. Por eso Iván Niviayo, del cabildo muisca de Suba, hace un llamado a conocer y recuperar la memoria de su pueblo y de Bacatá. Niviayo nos recuerda que el pueblo muisca habitó ancestralmente Bacatá, y que Suba, Bosa, Cota, Chía y Sesquilé son también territorios indígenas ancestrales. Según Niviayo, el pueblo muisca no llegó a la ciudad, la ciudad llegó a este pueblo y a su territorio, y lo fue devorando. Por eso rescata la pa-

---

1 Nombre original de la ciudad en muisca cuya traducción habitual es "campo de labranza"; otros dicen que también puede significar "dama de los Andes".

labra y la memoria como medicina, y el diálogo, el encuentro y la escucha como condiciones necesarias para una transformación social.

Otro de los relatos nos permite acercarnos a los procesos de liderazgo de mujeres. Se trata del de María Violet Medina, del pueblo nasa, que ha aportado en la reivindicación de los derechos de las víctimas indígenas a través de la creación de la Mesa Autónoma de Participación de Víctimas de los Pueblos Indígenas en Bogotá. María Violet comparte su propia experiencia, su llegada a la ciudad como víctima de desplazamiento forzado, y a partir de allí reflexiona sobre cómo Bogotá recibe a las familias y personas indígenas, y sobre cómo la ciudad ha visto a los indígenas como quienes llegan a mendigar. Pero también muestra cómo los pueblos indígenas siguen resistiendo y haciendo llamados para resignificar y reconstruir la historia; no solo su historia, sino la historia de nuestra nación y nuestra ciudad. Además de los cabildos urbanos, en el marco de los procesos organizativos de los pueblos indígenas, la creación de la Mesa Autónoma de Víctimas es de vital importancia para los pueblos indígenas en Bogotá y otros territorios del país.

El relato de Fredy Chikangana, poeta y oralitor del pueblo yanakuna, es sin duda un reencuentro con

lo sagrado, con la ancestralidad de su pueblo. Evoca el tejido, las memorias del territorio, y explica cómo el conflicto implica una interrupción, y genera desequilibrios y enfermedades, pero también cómo, a pesar de él, el vínculo con el territorio persiste. Los espíritus acompañan las luchas de su pueblo: “En el campo o en la ciudad hay que seguir curándose y ayudando a curar los males de la humanidad”. Fredy rememora el buen vivir, el fortalecimiento del gobierno propio, la medicina ancestral, que ha sido fundamental para la pervivencia de pueblos indígenas que han llegado a las ciudades. En Bogotá muchos de los pueblos indígenas mantienen su medicina ancestral y han exigido garantías para que sus autoridades espirituales, médicos y médicas tradicionales, puedan continuar ejerciendo su rol en el contexto urbano con dignidad y, al mismo tiempo, con acceso al sistema de salud distrital. Ese texto también invita a reconocer el aporte de los pueblos indígenas a la humanidad en cuanto a su relación con la naturaleza, con el territorio, cosa que ha permitido la preservación de grandes extensiones de bosques. Sin los pueblos indígenas, el equilibrio con la naturaleza no sería posible y la devastación sería de proporciones incluso mayores a las que conocemos.

Nelson Tuntaquiva Quinche, del pueblo otavalo-kichwa, habla, desde su experiencia, de la resistencia del pueblo kichwa en Bogotá. Relata cómo llegó su familia a la ciudad, cómo se instaló y cómo su padre creó una empresa que ha dado empleo a muchos bogotanos. El pueblo kichwa ha mantenido cultura, es un pueblo en resistencia, y un reflejo de ello es su proceso político organizativo que le permitió constituirse como cabildo. Sin embargo, Tuntaquiva Quinche también da cuenta del racismo, pues debido a ello sus padres le cortaron el cabello cuando era niño, a pesar de que en su pueblo es usual que los hombres lleven el cabello largo. Luego narra cómo el conflicto en distintos lugares del país le impidió continuar con sus actividades de comercio y sustento familiar. Su proceso como líder indígena, músico, y gestor, partiendo siempre de las tradiciones de su pueblo, muestra los distintos aportes que ha hecho el pueblo kichwa a la ciudad.

Desde el extremo norte del país, el relato metafórico del wayúu Vito Apüshana habla sobre el abandono e irrespeto del Estado al territorio guajiro; un Estado que irrumpe sin piedad dejando promesas que se desvanecen y alejan la calma. La Guajira, una región invisible para muchos, está en realidad llena de riquezas, pero ha sido a la vez olvidada y saqueada por el Estado.

Hugo Jamioy, del pueblo camëntšá, al sur del país, habla desde su experiencia como estudiante universitario en Bogotá. Junto con compañeros de diversas culturas del país, trajo consigo a la capital su música, sus cantos, sus danzas y sus sueños. Jamioy nos cuenta que la voz de las culturas ha sido silenciada a lo largo de los años. Por eso sus conocimientos, costumbres, ideologías y tradiciones quedan en la memoria de pocos. Mediante el arte, en este caso la poesía, nos invita a conocer el espíritu luchador y vital de los pueblos indígenas de Colombia.

Desde la Comisión de la Verdad esperamos que estos mensajes nos conmuevan, nos lleven a hacernos preguntas, nos cuestionen sobre la relación de la sociedad, el Estado y de cada uno de nosotros, individualmente, con los pueblos indígenas. Esperamos que nos interpelen sobre las transformaciones necesarias, que nos ayuden a transitar el camino para desaprender lo que nos han mostrado el Estado, la escuela y la Iglesia, como lo menciona Nataly Domicó en uno de sus cinco poemas. También soñamos con que este libro permita a los pueblos indígenas recuperar su verdad, y nos permita como sociedad recuperarla. Los poemas de Nataly evocan la espiritualidad del pueblo emberá, hablan de cómo el conflicto ha impactado a su pueblo, su comunidad, y

sugieren una reflexión sobre la necesidad de reconstruir la verdad, de apropiarse de ella y construirla desde la voz de los pueblos indígenas.

El llamado que hacen estos textos es entonces a recuperar la memoria y la verdad, que, sin las voces de los pueblos indígenas, del pueblo negro, afrocolombiano, raizal, palenquero y rom, sin las voces de las mujeres, de las y los campesinos, no será verdad completa.

El llamado desde la Comisión de la Verdad es a que la voz de los pueblos indígenas, la palabra de quienes han escrito estos textos, nos transforme y nos permita vernos al espejo con la imagen de la diversidad de nuestra nación, haciéndoles justicia a las mujeres y hombres indígenas y a sus luchas históricas.

Por último, gracias a la Alcaldía de Bogotá por su compromiso indeclinable en apoyar la implementación del Acuerdo de Paz firmado en el Teatro Colón, a raíz del cual la Comisión de la Verdad ha podido cumplir un papel fundamental en nuestra sociedad. Gracias también por su apoyo permanente a la Comisión de la Verdad y mil gracias a Idartes por hacer posible este libro y, así, el reconocimiento de estos pueblos y sus valiosas resistencias.

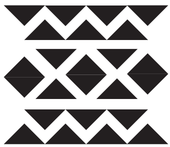
Sonia Londoño Niño
Directora Dirección de Pueblos Étnicos
Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición



Recuerdo mi origen

Siete testimonios de resistencia indígena

Vito Apüshana
Fredy Chikangana
Nataly Domicó
Hugo Jamioy
María Violet Medina Quiscue
Iván Niviayo
Nelson Tuntaquimba Quinche
Cristian Valencia (compilador)



Presentación

Este libro no es una muestra representativa del inmenso sufrimiento de los pueblos indígenas en Colombia. Es apenas un rumor. Como uno de esos cantos ancestrales que se cantan en tonos muy bajos y que, sin embargo, retumban como si vinieran desde el centro de la tierra.

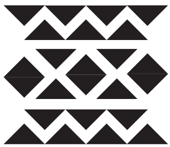
Estas historias en forma de relatos, poemas y crónicas hablan con claridad de cómo los pueblos originarios están y han estado en peligro de extinción desde siempre. Hoy más que nunca, en pleno siglo XXI, son víctimas de todas las violaciones de los derechos fundamentales. Y es que la guerra entre carteles de la droga, entre el ejército colombiano y los grupos armados ilegales, entre todos los que están en guerra en este país, se está librando también y sobre todo en los territorios indígenas. Así es.

He aquí la voz de estos pueblos pacíficos, para enterarnos de lo que pasa. Su voz es la verdad porque no saben usar la palabra para decir lo que no es. Su

voz es de paz. Porque la fuerza de los pueblos indígenas está en su verdad. Una verdad que hacen valer con bastones de mando, con flautas: claman sus derechos a golpe de maguaré y de bailes. No están armados. Las armas y la guerra y el ultraje y el destierro vienen del lado mestizo de Colombia. De esta Colombia que se salió del libreto democrático hace tiempo, y está a merced del más fuerte, o del más rico, o del más tonto, que no es lo mismo pero es igual.

Aunque suene a un ideal ingenuo, estos textos quieren cambiar el mundo. Tal vez lo cambien. Tal vez.

Cristian Valencia
Compilador



La Wajiira tomada

Vito Apüshana

Una anciana wayuu nos dijo, hace un tiempo, que existe un animal entrometido entre nosotros… que es más terrible que el espantoso *wanülüü*[1], a ese animal lo llaman: Estado.

Ese animal es sordo… y ve de dos tonos… o blanco o negro… *¡kaatei!*[2], viene devorando la anchura del territorio originario… Es invisible, pero se le alcanzan a ver los colores de sus deseos… y es blanco cuando quiere tomarse las riquezas de los nativos de la tierra.

Grande, invisible y sordo… canta como pájaro *wului*[3] cuando se acerca y al irse nos deja el orín de *mapuro*[4]… y repite como *loro-karekare:* "Las riquezas de estas tierras son de todos"… "Las riquezas de estas tierras son de todos", pero no dice que las pobrezas de estas tierras son solo de nosotros.

No ha sido posible que respete el aire y los caminos propios de los wayuu, no ha sido posible que deje de cambiarnos el maíz sembrado por esta harina que nos atraganta… y nos cambia la palabra florida

por unos papeles firmados que encierran promesas, que, luego, explotan como burbujas en el aire… y nos alejan de la calma de los montes.

La guerra de hoy no es entre flechas y balas… *¡Kaatei!*, ahora tenemos una guerra entre proyectos económicos, que ellos llaman: "Desarrollo", y los encuentros en los caminos, que llamamos: *Apanapajaa*[5]… que protege nuestra libertad de andar.

¡Kaatei!, pronto mil molinos gigantes reemplazarán las sombras verdes de los *aipia* (trupillos), *mokooshira* (guamachos) e *ichii* (dividivi)… y se convertirán en los nuevos espantos.

¿Qué haremos ahora?

Aumentan las sombras armadas en las trochas… llegan *wanülüü-paramilitares*, *wanülüü-guerrilla, wanülüü-narcotraficantes* y aumentan los disparos de muerte, que dejan flores de sangre en nuestros territorios claniles… muchas flores de sangre convierten nuestros pocos huertos de vida en jardines de la muerte.

Aumentan los miedos en las calles y oficinas… llegan *wanülüü-ladrones, wanülüü-funcionarios corruptos.* El animal-Estado viene por más, sigue sordo y aumenta los encuentros de Hablar y No Escuchar… nos lleva a círculos de la Palabra, que nombra: "consulta previa", entonces hablamos, otra vez, nos acer-

camos a su oído y allí sembramos semillas, semillas para nuevos frutos, semillas de Nuevo Acuerdo… para que la raíz llegue a los surcos de su corazón… pero, *ahh*, solo brotan piedras del olvido, en lugar de frutos del cumplimiento.

¿Qué haremos ahora?

La Palabra ha sido secuestrada… ¿Alguien ha dicho que la Wajiira ha sido tomada?… La han tomado fuerzas *wanülüü* de violencia y engaño; la han tomado fuerzas de hambre —de nombre "desnutrición", de nombre "pobreza"—; la han tomado fuerzas de contaminación —de nombre "deforestación"; de nombre "desvío de aguas"—.

¿Seguirá, el animal-Estado, sordo a la Palabra que siembra, el *acuerdo del respeto mutuo*?

El pájaro *iisho*[6], que es el corazón alado wayuu, mide nuestra libertad en la extensión de su vuelo… antes era un vuelo largo… desde los cerros de Makuira hasta más allá de las cimas de Bañadero y los árboles sombríos del río Tapias, pasando por los cerros de Yoruma, Cocina y Epitsü.

¡Kaatei!, ahora, el *iisho* canta y vuela corto… Un bosque de molinos gigantes crecerá en este espacio de limpio azul.

¿Nos enjaulan la península con las barras de oro del "desarrollo"?

Walatshi

Antüshi chi ta'laülakai Walatshi eeje'ewoire nia.
Sümaa nikiiru'ulaain wanee kasachiki kama'airü
saainjala tooloyuu jashichi.
Waapüin wache'eru'u nüsanalaashaanain sutuma
ennaa amüin… Je shiirakaaka wamüin
wakuwa'ipa.
Tü waraaralü nunu'uyakaa suluwataain nia sünain
ejeerüjaa sünain mmakaa.

Nnojoleerü eein atkawaa:
tü nuuyashekalüirua sünta anainrü tü mojuu aa'in ale'eruulaakane'e.

Walatshi

Mi tío Walatshi ha llegado de donde estaba.
Trajo, en silencio, un antiguo problema de hombres.
Le oímos resollar la ofensa… y nos observa la vida.
Su bastón de mando le ordena dibujar en la tierra.

No habrá pleito:
sus años han encontrado el oculto reposo del dolor.

---

[1] Espanto de la enfermedad. Espíritu de la calamidad.
[2] Interjección de llamado: *hey, oiga…*
[3] Pájaro turpial.
[4] Mofeta, animal de orín putrefacto.
[5] Nombre para identificar los encuentros casuales en el curso de camino.
[6] Pájaro cardenal guajiro.

Palabra bajo el sol de los venados

Fredy Chikangana

Ñoka cay koyllur mushgoymanta tutak
Ima rhupay ninapay mushgoy
Machukuna churay cay tiyanakuna
Nunapiti sonkoypay punchapay
Cay wiñay, cay wañuy, cay hamuy wiñay
Cay niy sananchapay caykuna takikuna.

En el sueño de la noche soy estrella,
que enciende el fuego de lo soñado.
Los ancianos acomodan sus banquitos
para animar el corazón del tiempo.
Nacemos, morimos y volvemos a nacer,
nos escriben con la seña de sus cantos.

Fluía la palabra, despacio. De su boca salían humeantes los sonidos combinados entre el español y las hebras coloridas de su lengua nativa. Iba sacando de un pequeño poporo la harina de piedra, "el mambe", para acompañar la hoja de koka que masticaba. Y mientras señalaba hacia el horizonte de un cerro muy elevado, en una comunidad registrada en los archivos del olvido de este país, él iba diciendo:

Lo desconocido detrás de aquella montaña,
por bondad o por desgracia, no sabemos.
Pero estamos aquí, entre peñas y abismos,
del frío, partidos los talones y a la espera de
algo que llegará pero no sabemos qué es.
Miren el guarango, se sostiene sobre la roca,
y el viento a querer desraizarlo como si no
valiera el esfuerzo que se hace para vivir en
paz en cualquier rincón de la madre tierra.
Aquí somos fríanos y hacia abajo calentanos
y por donde se pierden las nubes ni fríanos
ni calentanos, no sé qué serán porque eso
tiene que ver con la sangre de cada uno.
Aquí, con la montaña nos miramos y en silencio,
con las orejas atentas, esperamos un buen
sol de venado que venga a calentar los huesos y
a curar las penas con la medicina de los abuelos
que defendieron estas tierras a pesar de todo lo
sucedido, porque mucho es lo que nos han quitado.

Ella escuchaba mientras torcía con sus manos los hilos de cabuya de una "jigra pucha", que llevaba tejiendo ya varias lunas. Era una mujer trabajadora del tejido, conocedora de medicina, partera, sembradora de maíz, conocedora de la buena elaboración de la chicha, compañera de los caminos y la chagra. Y

como buena *warmi* [mujer], acompañaba en silencio los trabajos del campo, pero dicho silencio no era un silencio reprimido sino un silencio activo, aquel en donde se guarda la reflexión, la lectura de los caminos, el sentir de la montaña, el orden de la casa y la intuición sobre lo fundamental en el proceder de la vida. Así iba caminando y moviendo sus dedos sobre el tejido y plasmando milimétricamente los principios que tienen que ver con el *Ama quella*, *Ama llulla*, *Ama shua*: no ser mentiroso, perezoso, ni ladrón.

Compartían lo que estaba al alcance desde lo que daba la madre tierra y estaban atentos a las labores comunitarias. La mayor dificultad tenía que ver con la escasez de la tierra para sembrar, para criar algún animalito o para tener un excedente en el cultivo de alimentos, porque en la medida en que las familias iban creciendo, la tierra se iba encogiendo, y si pensaban avanzar con la pala al hombro hacia la montaña se encontraban con el bosque, las fuentes de agua, el páramo y la eterna mirada hacia el horizonte divisando la enorme extensión de la planicie verde llena de caña y sombras que el sol iba señalando.

Este día, como cualquier otro, la *warmi*, con su excepcional silencio reflexivo, escuchaba, miraba al horizonte y guardaba palabra para el momento necesario. Ella recogió las hebras del tejido de cabuya

y también esperó el sol de los venados. No había prisa y, por cierto, el paso del tiempo era leído en la sombra que se proyectaba sobre los grandes cerros. "Falta tiempo para las tres", dijo él, y recordó que en tiempo antiguo los espíritus gobernaban sobre todos los lugares y que el venado era la presencia de un espíritu en la tierra y que eso siempre había sido así entre los *Runa* [la gente]. Y lamentó que ahora no se tomara el tiempo necesario para contemplar el horizonte y tomar el sol de los venados u ofrendar a *Xukas* [el espíritu que cuida del bosque], así como siempre se había hecho para el reencuentro con los seres sagrados de la montaña y el bosque.

En su palabra, trajo el recuerdo sobre los espíritus que también habían sido desplazados de los corazones humanos y de la madre tierra, cómo se habían internado más hacia la montaña. Recordó a su generación, a los abuelos que anduvieron enredados en guerras que no eran suyas, las guerras entre liberales y conservadores. Puso de manifiesto que la palabra antes valía mucho y que ahora ya no vale nada porque se presenta como palabra real y que termina siendo mentira porque no se cumple lo hablado.

En aquel pensar en voz alta recordó los nacimientos de *wawas* [niños o niñas], los rituales para adquirir el nombre de una persona, el entierro de

la placenta, los mensajes del fuego, la lectura de la Luna y las estrellas, el sentido de caminar; recordó a los muertos en la comunidad, y recordó aquellos muertos que han seguido regresando a la comunidad para recordar la memoria como una fuente valiosa. Y suspiró recordando cada uno de los esfuerzos para mantener comunidad, unidad y sentimiento.

Su mirada cambió cuando sonó un estruendo al otro lado de la montaña, como si fuera el sonido de un disparo. "Hoy ya no es lo mismo", dijo ella, "ahora viene gente de otros lados, gente que uno no sabe qué es lo que quieren, vienen armados hasta los dientes y dicen que la revolución y uno no sabe qué es eso, se les da de comer y se los atiende bien como debe atenderse a una persona sin importar su origen, pero luego vienen los soldados preguntando por los primeros y uno qué va a saber para dónde se fueron o qué es lo que hacen y entonces uno también atiende a los soldados como debe ser, como personas que merecen un buen trato. Pero, la verdad, lo cierto es que ya no estamos tranquilos como antes, ya no tenemos la tranquilidad para tomar el sol de los venados", concluyó ella.

De su mochila, él extrajo una botellita de aguardiente con plantas medicinales y remojó los dedos para ofrecer bebida a los espíritus. Con los de-

dos soltó varias chispas de aquella agua ardiente que calentó el aire, luego sirvió para su mujer y él se tomó su buen matado. Desde el lugar en que estaban sentados podían divisar los caminos en zigzag, algunos indígenas laborando sobre las faldas de la montaña, el humear de algunas casas, las peñas, los enormes abismos y abajo el río que serpenteaba con su blanco vuelo. Los dos estuvieron de acuerdo en que el río había mermado su caudal y que los sembrados de maíz eran hermosos.

Recordaron a los hijos de la comunidad que les tocó salir del territorio por temor a ser reclutados por grupos armados. Hicieron memoria de aquellos jóvenes que se habían ido a la guerrilla por rebeldes o por enamorados y que habían vuelto a la comunidad con el cuerpo y el alma arañados, la manera como se fueron armonizando casi solos y la manera como retornaban poco a poco al ritmo de las propias tradiciones y el empeño que ponían ahora para ayudar a conservar las costumbres.

"¿Recuerdas a Emilia, la hija de don Ramón?", dijo él, "dicen que le quedó un hijo de un guerrillero y que después se lo llevaron para la ciudad; ella también se fue de la comunidad, más allá de esas montañas estará, y un día volverá a estas tierras porque aquí está sembrado el ombligo y por lo menos aquí hay

un lugar dónde morirnos decentemente. Esto parece no tener fin, la guerra es una enfermedad que toca curar; mire no más, aquí vinieron de otras tierras y le dijeron a la gente que la goma de amapola traería mucha ayuda para todos y miren que por el mal uso de tan hermosa planta lo que trajeron fue muerte y tristeza para muchas familias. Vino una guerra entre familias, el orgullo, la ambición y los espíritus negativos se tomaron las calles y parecía que la plata lo era todo y después solo quedó la tristeza y los trastes viejos que algunos compraron y de los cuales solo quedan latas y tornillos oxidados. Miremos cómo nos ha tocado para sostener la parte indígena, luchar contra los vicios que quedan de estas enfermedades, la arrogancia, el orgullo, la desmemoria de algunos hombres y mujeres mientras los gobiernos y los políticos se siguen riendo de nosotros porque para ellos es mejor que nos acabemos. Y mientras tanto, nosotros, que no sembramos amapola, ni nos fuimos con grupos armados, ni hemos conocido lo que es ayuda de gobierno alguno, seguimos aquí sembrando comida y visitando a nuestros espíritus que nunca nos han abandonado, y son ellos nuestros antepasados los que nos acompañan para seguir haciendo resistencia a todas estas cosas que no nos han dejado vivir en paz".

Se miraron como tratando de encontrar respuestas en sus ojos, pero no había respuesta alguna porque hay enfermedades que son ajenas a la comprensión de la montaña y a la gente de la tierra. No se entendía, por más vueltas que le daban al asunto, cómo en un retazo de tierra que era el único universo que tenían para la comunidad se hubieran dado tantos problemas en cincuenta años, tantas incomprensiones, roces, discriminación, olvido y tantos desatinos; tan solo por querer vivir con lo que brinda la madre tierra y la belleza que prodiga el universo.

Cuando terminó de hablar, escupió el bagazo de la koka masticada y volvió a mirar al horizonte: el sol de los venados ya iba llegando, venía corriendo por entre los cerros, traía en sus brazos muchos venados. Antes de que llegara al sitio donde estábamos, él se recostó sobre una roca y estiró las piernas y ella, siempre previsiva, sacó de una jigra pucha un pan de maíz, un frasco lleno de agua de panela y unas papas cocinadas.

"Arrímense", dijo ella, "es mejor esperar el sol de los venados con algo en la panza". El sol de los venados llegó, no se vio por ningún lado un venado, pero se sintió muy cerca y en la sangre era algo suave y tibio; el viento movió los pajonales y sobre los árboles alguien tamboreó una danza, vino una tibieza

muy singular sobre el cuerpo, aprovechamos todos para dejar calentar la espalda y ponernos boca arriba hasta entrar en un sueño bien acogedor. Una risa unida a frases cortas nos regresó a la realidad. "Es hora de ir alistándonos para caminar porque si no la lluvia nos dejará como venados corridos", dijo ella mientras acomodaba sus tejidos y algunos elementos donde llevaría el almuerzo.

Don Pedro se frotó los ojos, tomó unas hojas de koka, preparó unos *kintus*, los elevó a lo que quedaba del sol de los venados sobre la montaña y comenzó a invocar para que todo lo hablado, sentido y soñado permitiera curar el corazón enviando los mejores deseos a los cuatro horizontes, que es donde moran los más antiguos espíritus del venado del sol. "Este por Robertico, que se fue a la ciudad", fue diciendo, "para que nunca pierda su condición de buen indígena, siendo honrado y un *runa* ejemplar. Este por Mariela, para que le vaya bien en el territorio del marido", continuó; "este por la comunidad, para fortalecer la unidad, la fuerza y resistencia contra todos los males que hoy día nos aquejan. Y este", dijo, pasándolo por encima y alrededor de su cabeza y la de su mujer, "para que los *apus* [cerros sagrados] nos conserven sanos por los caminos, por la casa y para que nunca nos falte el maíz, la koka, la chicha, el agua y el amor

para seguir aprendiendo y enseñando a vivir en paz".

Los dos mirando al horizonte sobre el sol de los venados me llenaron de alegría y de nostalgia. Escucharlos hablar de los cincuenta años de luchas para poder vivir, de las esperanzas en un mundo mejor, del olvido en lo alto de la montaña, de los espíritus y del constante renacer era igualmente mágico como el sol que caía sobre sus cuerpos.

Sin embargo, quedaba un mal sabor porque los protagonistas de este relato eran mis padres y yo estaba escuchando a la orilla del camino y sentía que se estaba compartiendo la palabra de resistencia de cincuenta años, mucho tiempo confiando en la palabra de políticos que trepaban a la montaña por los votos y que no se los volvía a ver luego de ser atendidos con gallinas, flautas y tambores. En el alma también llegaba un mal sabor porque eran cincuenta años del destino de una comunidad sumida en el olvido y a merced de pequeños programas risibles como aquel de la pastilla roja que llegó a la escuela para protección de los dientes y con el que se ensayaba para ver si funcionaba como flúor dental; o también el programa del tarro de aceite para el internado escolar con la marca norteamericana; de resto, nada para este pueblo enclavado en la más alta montaña.

El "sacamuelas" llegaba cada año, el cura también llegaba cada año a desenterrar a los muertos para darles los santos óleos y poner en orden, según él, a los indígenas que ya habían vivido en concubinato porque la costumbre del periodo del "amaño" no era de Dios sino del Diablo y que, según el cura, era un terrible pecado.

Rápidamente, mientras ellos recogían sus cosas para comenzar a caminar, repasé en la memoria los años recorridos, la palabra desgastada en programas obsoletos, en líderes colonizados que vivían de lo indio pero estaban perdidos de su mundo indio, en alumnos y profesores que seguían aplicando viejos modelos de educación y en aquellos más osados que habían atravesado la línea de lo impuesto para hacer florecer las tradiciones, para despertar los espíritus de la montaña y dar vida a los fuegos sagrados y que habían sufrido burlas e incomprensión y olvido por sahumar y descolonizar el pensamiento de algunos líderes. Recordar es vivir, dice el refrán popular.

Entonces respiré profundo por un instante y desde la memoria recordé aquellos momentos cuando los trabajos realizados permitieron fortalecer los cabildos indígenas, los gobiernos propios, las maneras de organizarse para seguir existiendo como hijos de pueblos originarios, las flautas, los tambores,

la chicha de maíz, los caminos, el baile y el amor… ¡Qué alegría!, pensé, y esta vez respiré suave pensando en el arte del amor y el enamoramiento en comunidad, en los fuegos bajo la luna, en la palabra y lengua de la tribu que había sido despreciada y avergonzada. Era mucha historia de sacrificio pero también de maravillosas enseñanzas que va tejiendo la vida, como en círculo, otra vez danzando junto a las *wakas*, hablando con los espíritus, con los verdaderos seres que han acompañado nuestras luchas y que siempre han permanecido atentos a que sus hijos no olviden sus principios, sus raíces, la medicina de la tierra, el sentido de la vida. Así estén en campo o en ciudad, hay que seguir curándose y ayudando a curar los males de la humanidad con verdad y no con falsedad como lo hacen algunos *mishus* que han caído en las enfermedades de la ambición y la codicia. Seguramente respiré profundo tendido boca arriba y con los ojos cerrados porque el abuelo me dijo: “Muchacho, ya nos vamos a ir caminando porque el sendero es largo”.

Entonces caminamos y mientras bajábamos la empinada montaña recordamos muchas cosas de la comunidad, palabras, acciones y lo que no se ha podido hacer por la violencia que siempre ha estado presente como un fantasma o como una enfermedad

que hay que sacar de la mente y del corazón de la gente.

Cuando llegamos al caserío, había preocupación de la comunidad porque se informaba sobre algunos enfrentamientos de grupos armados en lo alto de la montaña, por el lugar en donde plácidamente se recibía el sol de los venados. Lo cierto es que los espíritus no dejaron ver ni percibir dicha situación y mirando desde el pueblo hacia la montaña las nubes se transfiguraban y formaban tres venados: *taruka yuyay*, *taruka munay* y *taruka samay*, los venados de la memoria, el amor y el aliento de la trascendencia, visiones estas que confirmaban que la resistencia a la muerte desde la memoria ha posibilitado el renacer permanente y que el universo siempre está atento al buen vivir de sus hijos, a la conexión con la madre tierra y a la posibilidad de pasar por este mundo aprendiendo a amar la vida en todas sus dimensiones, colores y formas para equilibrar las fuerzas ante el odio, la ambición y el olvido.

LOS ESPÍRITUS NO MUEREN (Y CUATRO POEMAS MÁS)

Nataly Domicó

Los espíritus no mueren

I

El tiempo fue testigo de las tierras que
recuperamos.
El fluir de la vida fue dando espacio para el
renacer,
en ella la germinación de un ciclo fue
despertando.
La selva nunca apagó sus colores,
en silencio observó las injusticias que vivimos
como pueblos,
ella resguardó nuestra esperanza,
ella supo del retoño,
de los hijos por nacer,
de las sonrisas que volverían a despertarse,
de los caminos que faltaban por recorrer.

Ella avivó el verde de las plantas,
que nos curaron del miedo y el dolor.
Ella llenó de dulzura el néctar de las flores
para que el colibrí alimentara su vuelo
y nos recordara en su presencia
la memoria de los mártires.

II

La guerra apagó la mirada y silenció la
palabra,
pero no pudo destruir las raíces.
Ellas aún están vivas, lentamente van tomando
fuerza,
van alimentándose de los colores de la selva,
van urdiendo el día en el sonido de los pájaros,
que cantan la protección y los deseos de
nuestros muertos.
Van floreciendo en la danza de las aguas,
que han limpiado el dolor y la tristeza de las
ausencias.
La guerra nos marchitó el pasado y desvió el
futuro,
pero olvidó que en este presente aún tejemos,
aún ofrendamos a nuestros espíritus que
guardan la memoria.

Ellos no han muerto, ni morirán,
mientras sigamos amando ser hombres y
mujeres de la tierra.

CANTO A LA RAÍZ

Llegaron hombres con el corazón envenenado,
con armas e insultos de despojo,
miradas cegadas de ambición,
manos manchadas de sangre,
exigiendo a la abuela Teresa Domicó
que abandonara su casa, sus animales, su vida.
Que dejara los colores de sus *parumas*
enterrados en el olvido,
y las figuras de sus collares convertirse en
ceniza.
Por fortuna la abuela no entendía español,
pero pudo percibir la amenaza de sus palabras
y la injusticia de sus presencias,
la ausencia de amor en sus miradas,
el odio clavado en sus gritos.
Ante la presión del instante y el semblante del
miedo,
ella solo cerró sus ojos,
recordó la enseñanza de su abuela,
de su madre, de las mujeres emberá.

Una melodía suave y fuerte,
dulce y amarga,
melancólica y esperanzadora fue emergiendo
de su voz,
entonando estas palabras:
Yo no me voy de esta tierra, yo voy a morir
aquí,
aquí nací, la voz de nosotros los indígenas no se
cae,
porque vivimos y cuidamos la tierra.
Canto, canto, canto nuestro origen.
Le canto al miedo, fortaleza.
Le canto al despojo, presencia.
Le canto a las armas, belleza.
Gracias a ella existe la comunidad de Guapá
Alto,
y existimos nosotros por la ofrenda de su
canto.

VERDAD SAGRADA

Nos contó la Iglesia que éramos paganos,
por escuchar los mensajes de la naturaleza.
Por honrar al dios sol, a la diosa luna,
a la diosa agua, al dios cosmos.
Por hablar con las plantas

y permitirles que sanaran nuestro cuerpo y
alma.
Por reconocer que hay espíritu en todo
y que somos espíritu.
Nos contó la escuela que la sabiduría de
nuestros mayores no era válida,
pues carecía de la voz de la ciencia.
Nos contó el Estado que éramos salvajes
y que solo a través del desarraigo podíamos
obtener la libertad.
Nos contó la guerra que no merecíamos tierra,
ni palabra, ni existencia.
Hoy descubrimos que todo fue una mentira
heredada.
Hoy estamos recuperando nuestra verdad,
esa verdad que guardan las plantas sagradas,
que las mujeres tejen en sus canastos,
que se dibuja en la pintura de la jagua,
que se alimenta de plátano y maíz.
Esa verdad que camina en los pies descalzos de
nuestras abuelas,
que se dibuja en la sonrisa de los recién
nacidos,
que se purifica en los nacimientos de las aguas,
que emerge del sonido de la flauta,
que se aviva en el fuego

y se cultiva en la placenta sembrada en el
fogón.
Esa verdad es la que queremos recuperar.

SOPLO DE LA TIERRA

Basta de la muerte que nos quiere desaparecer
y del extermino que ronda por nuestros
territorios.
Si hemos cuidado de la vida,
¿por qué nos arrebatan su prolongación?
Si hemos protegido a la madre tierra,
¿por qué envenenan sus suelos y encarcelan su
abundancia?
Si la tierra es destruida, también nosotros lo
seremos,
porque fuimos ombligados con sus animales,
su respiración nos dio el primer aliento de
vida,
nuestra sangre se oxigenó con el fluido de sus
aguas
y la fortaleza de nuestros pies fue forjada en
sus suelos.
La guerra no solo lastima al hombre,
también a la Madre Tierra.
Nos duele su herida,

su destrucción,
su contaminación,
pues a ella debemos todo lo que somos y
seremos.

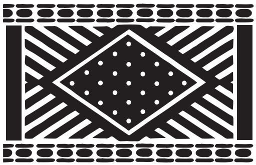
JAINEPONO, ESPÍRITU DE LAS FLORES

Si pudiera desvanecerme en los remolinos del
viento
de este invierno foráneo que llega a mis pies,
ser ese momento preciso de la noche
deshojando los árboles,
caer rendida en la humedad de la tierra
mojada.
Entre montes lejanos de la ciudad
encuentro las voces de los sitios sagrados.
Allí reposa la esencia del ser emberá
de la cual fui despojada por el desplazamiento.
Mis manos se unen a la raíz de los bejucos,
mis pies retornan al corazón de mi pueblo.
La partera soba mi vientre, vertiendo agua de
flores sobre él.
El Jaibana[1] sopla mi cabeza con el humo del
tabaco,

---

1 Médico tradicional.

recuerdo mi origen y en él soy libre.
Se teje el silencio perfecto para rehacerme a mí misma.
Con manos de partera me vuelvo a parir,
recordando en el primer grito la valentía de mis antepasados.
Nombrándome espíritu de las flores.
Nombrándome semilla.
Nombrándome justicia.



Sentir tranquilidad[1]

Hugo Jamioy

... el espíritu sembrado en el corazón
siempre palpita...

Mamita Pastora, ¿cómo hago para sentir tranquilidad ante la ausencia de seres que viven en mi memoria?

Es 1990. Universidad Nacional de Colombia. Desde distintos lugares de esta amada Colombia llegamos al alma máter, con los sueños pronunciados desde nuestras lenguas originarias: wayuu, misak, curripaco, nasa, yanakuna, inga, ikʉ, pasto, camëntšá, entre otros. Llegamos a formarnos profesionalmente, pero también a reconocernos como hermanos, como hijos de una misma Gran Madre, que en mi lengua decimos Tsebatsana Mamá (Madre Responsable), la Madre Tierra.

Desde cada territorio de origen llegamos cargados de música, de cantos, de danza, de palabra, de sueños y, en distintos escenarios culturales y universitarios de Bogotá, compartimos espiritualmente

1 Tanʉ zanamʉ.

el mensaje de nuestro Tšabe Juabna ("pensamiento maduro", en lengua camëntša) o el Kunzamu ("pensamiento", en lengua ikʉ), el pensamiento de cada uno de los integrantes del grupo de música que conformamos para compartir y vivir nuestras tradiciones. Recuerdo hoy a mis hermanos Juan el waunán del Chocó, Juan el misak, Nixon el nasa y Fredy el yanakuna, los tres del Cauca, y yo el camëntša, del Putumayo. Así los sentimos en ese entonces, cuando nuestra presencia coincidió con el llamado nacional a reconocernos iguales en la diversidad a través de la reforma constitucional de 1991. Fuimos estudiantes comprometidos con nuestras autoridades indígenas que nos representaron en el acontecimiento político más importante que vivió nuestra generación. Con base en el pensamiento de nuestros abuelos, en la voz de nuestros constituyentes indígenas y con la mirada de un nuevo camino para nuestros hijos, acompañamos este proceso, que, de cumplirse tal como lo soñamos, otra danza, otros cantos, acompañarían nuestros pasos.

En mi paso por la Universidad Nacional, dos tristes hechos viven en mi memoria, no son los únicos, pero los recuerdo porque sucedieron en momentos sensibles de mi vida.

Transcurría el tiempo de reuniones previas a la Asamblea Nacional Constituyente, los pueblos indí-

genas de Colombia fueron convocados a participar a través de sus autoridades tradicionales. Nosotros, atentos a la llegada de nuestras autoridades indígenas, tuvimos el privilegio de conocer a quienes caminaron desde los lugares más recónditos de nuestra geografía indígena nacional. Todos llegaron a la cita, menos las autoridades indígenas del pueblo ikʉ.

Nuestras hermanas ikʉ de la Sierra Nevada de Santa Marta, estudiantes de la Universidad Nacional al igual que nosotros, nos compartieron su preocupación por la ausencia de sus autoridades tradicionales, quienes salieron desde Valledupar el 28 de noviembre de 1990 en horas de la tarde y debían llegar a Bogotá en horas de la mañana del siguiente día. Al paso de las horas, crecía la zozobra. La incertidumbre invadió el pensamiento tranquilo de una cultura que fundamenta su vida en la espiritualidad. La empresa de transporte que cubre la ruta entre Valledupar y Bogotá confirmó que las tres autoridades indígenas del pueblo ikʉ sí abordaron el bus en la tarde, pero que fueron interceptadas y bajadas del bus por cuatro hombres vestidos de civil, fuertemente armados, en el municipio de Curumaní; quince días después, fueron encontrados torturados y asesinados en el municipio de Bosconia, El Paso y La Loma.

Nuestros cantos, nuestras danzas, no fueron suficientes para calmar el dolor y el llanto de nuestras hermanas ikʉ, quienes guardaban la esperanza de que todo fuera mentira.

Hoy, treinta años después, no hay respuestas a las preguntas que hacen sus hijos, sus hijas, sus nietos, quienes esperan justicia por estos asesinatos y respuestas del Estado colombiano, y respuestas a por qué fueron asesinados si su único propósito como autoridades políticas y espirituales era cuidar de la Madre Tierra.

Tres generaciones después, se oyen las voces de sus nietos, a quienes se les negó el abrazo, la mirada, la palabra consejo de sus abuelos.

"Cómo duele no haberte conocido, abuelo; hoy guardo muchas preguntas, infinitas preguntas de lo que está pasando hoy con mi pueblo, son preguntas que nunca serán respondidas por tu parte. Mi padre es la imagen que no alcancé a ver en ti y desde el más allá eres la fuerza que lo sostiene", nos dice Dumiana, nieta de nuestro gran cabildo gobernador Luis Napoleón Torres, torturado y asesinado el 28 de noviembre de 1990.

No solo su familia de sangre pregunta por su ausencia; todo el pueblo ikʉ, en cada asamblea, en cada reunión comunitaria, retoma palabras pronunciadas por las tres autoridades. Su palabra es el lega-

do, como guía para el camino presente y de futuras generaciones habitantes del Corazón del Mundo.

***

Años más tarde, en la Universidad Nacional de Colombia se publica mi primer libro de poesía titulado *Mi fuego y mi humo, mi tierra y mi sol*, gracias a Infección Editores, un colectivo de estudiantes universitarios de diversas disciplinas, que me infectaron, por quienes aún ando infectado y por quienes a mi paso por diferentes escenarios trato de infectar a los que dedican tiempo a nuestra palabra originaria.

Nunca había tenido la oportunidad de leer mi poesía en público y por primera vez lo haría en la Casa de Poesía Silva, donde se programó el lanzamiento de este primer intento.

Junio de 1999, 6:00 p. m. En primera fila, quienes me infectaron y, entre ellos, brillaba como un eclipse Kimi Pernía, quien energizó mi espíritu e hizo temblar mi cuerpo; pues, al frente tenía al orador originario, al maestro de la palabra emberá, que durante años dedicó su tiempo a orientar a su pueblo. Profunda fue mi alegría, pues su compañía representó el espíritu de mis autoridades indígenas ausentes en aquel momento.

Leí con toda la fuerza de la palabra que heredé de mis abuelos, con el espíritu incansable de la palabra circular que siempre nos acompaña, pues sentí que era el momento para ofrendarle a mi hermano Kimi la poesía: primero, como un reconocimiento a su esfuerzo por la lucha en la defensa del territorio emberá y, segundo, como esa entrega de la palabra espíritu para continuar el camino en el cuidado de la Madre Tierra como garantía para que las familias humildes de su pueblo puedan vivir en su territorio ancestral.

Al final, nos despedimos con el abrazo fraterno de dos hermanos amarrados espiritualmente por la palabra que nos sostiene en el sueño de vivir felices y de manera natural. Aún siento su abrazo y el susurro de sus palabras: "… quiero que leas para mi pueblo, / algún día escucharé tu palabra en mi tierra ancestral de Urrá…".

Ocho días después, me confirmaron la desaparición de Kimi. Quedaron espiritualmente girando las palabras, que con el paso del tiempo he ido cumpliendo en mi encuentro con familias emberá, con quienes compartimos la palabra y el tejido de nuestros sueños.

Para ellos, mis hermanos emberá, este poema publicado en mi tercer libro, titulado *Bínÿbe oboyejuayëng. Danzantes del viento.*

Urrábe ngmenan

Urrá tonjetsebshatajo ora
Bëts tsashenañ va yentšang shëntsec monjan;

Uajuinÿanëshá tojaninÿná ora
Embera pamillang jtanëng tmojanoquedá

Urrá fshatajniñ otjenayán endanëntscuan
Inÿeng mondëmang bëts tsashenañ

Anteo cucuatšëng mondonÿanëjanantscuan
Inÿe yentšang ndoñ quemnatsboš jtsemnam

Embera basetemëng tmojtsošachentscuan
achetan mamangbe buacuajiñ
icbf tšabe taitang jatšatayán

Bëts tsashenañ tmojtsemnëntscuan
Chentša utabnabe yentšang
Jtëbuacnan, er ndoñ chëngbe fshants.

Shinÿe tojtsebocanëntscuan
Chëngbe bominÿiñe ya ibetíñ jtsonÿayán

Ibet tojtsoshjajuanëntscuan
Quem luar (Colombia) bëts
tsashenanënguenach
Embera uabainëng jtenatsbonjayán anteo
soyënguiñe enojuabnay.

Desencantos de Urrá

... a mis hermanos emberá
a su tierra de Urrá inundada
para iluminar los ojos
y enceguecer el alma...

Al tiempo que se inundó Urrá
las ciudades se inundaron de transeúntes
hambrientos;

al tiempo que se hizo la luz
se quedaron ciegas las familias emberás;

al tiempo que flotan los sueños en el Urrá
inundado
duermen los cuerpos en las calles de una
ciudad;

al tiempo que se extienden manos ancestrales
los transeúntes niegan sus raíces;

al tiempo que lloran los niños emberá
en los brazos de sus madres desterradas
el ICBF les tiene padres responsables;

al tiempo que buscan refugio en la ciudad,
los guardianes de la seguridad nacional
los destierran de aquella que no es su tierra;

al tiempo que sale el sol
se ve la noche en sus ojos;

al tiempo que llega la noche
en las ciudades de este país (Colombia)
los emberá se arropan con el manto de sus
  añoranzas.

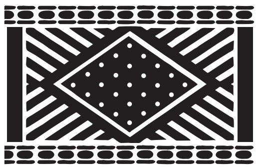
***

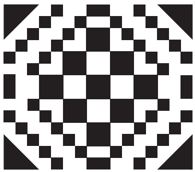
Consternado por la noticia, trato de terminar el presente texto. El asesinato de mamá María Beneranda Juajibioy Juajibioy y su nieta Jazzlín Camila Luna Figueroa de un año y medio de edad, en la jurisdicción de la inspección de El Placer, Valle del Guamuez (Putumayo). Mamá María, lideresa del pueblo camëntša, hija de mi tía Rosa (hermana me-

nor de mi madre), se desempeñaba como autoridad tradicional en el cargo de alcaldesa mayor y médica tradicional, sirviendo a su pueblo, tejiendo con los hilos del arco iris los símbolos de la vida y el cuidado de la Madre Tierra.

Hermanos colombianos,
no apaguen la luz de nuestro espíritu,
dejen que las manos de nuestras mujeres
y autoridades indígenas
continúen sembrando la esperanza en esta
tierra
que también es la de ustedes…

Ahora, envuelto con la manta de la tristeza, retomo mi camino por los senderos de la palabra milenaria que se anida en el Corazón del Mundo, aprendiendo, aprendiendo…





La fuerza y liderazgo de una mujer indígena nasa

María Violet Medina Quiscue

Yo ni sabía que uno podía ser víctima tres o cuatro veces. Cuando me llegó un correo del Sena, en el que me preguntaban si quería conseguir un empleo, creí que era algo igual a lo que estaba haciendo en el territorio: ser docente de básica primaria. Pero acá el empleo que ofrecían era para trabajar en un Kokoriko. Y ese día, aunque soy una mujer muy fuerte, me desmoroné. Hasta ese momento no había podido expresar todo lo que me había pasado, porque tan solo dos semanas antes había llegado a esta ciudad donde no conocía nada. Entonces el señor que me estaba atendiendo se conmovió, me trajo agua y me dijo que yo necesitaba ayuda psicológica, y que había un programa especial que estaban haciendo unos muchachos de la Universidad de los Andes.

En aquel programa especial conocí a una médica que hacía su maestría sobre estrés postraumático en víctimas del conflicto armado. El programa incluía un mínima garantía para transporte. Fue muy

chistoso. Cuando llegué a Fenalco me dijeron que me ayudarían a continuar mi carrera, y que fuera a averiguar a un sitio determinado sobre el programa de becas. Y en aquel sitio determinado me dijeron que las becas para víctimas del conflicto se habían acabado, pero que había becas para comunidades indígenas. Fue muy bonito, porque fue ahí donde conocí a la autoridad, a Nelson Basto. Por los apellidos descubrimos que éramos del pueblo nasa de Tierradentro. Para mí fue muy importante que fuera precisamente un indígena el que me tendiera la mano en ese momento, porque me explicó todo con claridad.

Esto apenas es un grano de arena de mi experiencia propia. Por eso ahora, en este rol de líder que la vida me dio, le exijo a la institucionalidad que siempre que reciban a un desplazado indígena por el conflicto armado lo traten bien y con el cuidado propio del humanismo: y creo que la mejor manera de garantizar ese trato es que haya un enfoque indígena, o que al menos se le garanticen sus derechos con un referente indígena. Lo digo porque, en mi caso, solo cuando aparecieron los hermanos nasa, surgieron las soluciones. Si a mí me hubiese atendido una persona mestiza, seguramente no me habría enterado de que en Bogotá hay procesos de pueblos indígenas. Procesos que funcionan y nos son propios, indepen-

dientemente de los conflictos internos que tengamos y del desarraigo cultural que estamos viviendo que conlleva a que nos desarmonicemos y empecemos a creernos más indígenas porque tenemos reconocimiento jurídico y olvidemos lo cultural, la unidad, el equilibrio, la armonía y el respeto por todos y todas por igual.

Con mi autoridad, Nelson Basto, empezó mi ruta de inclusión en la ciudad. Me enteré de que había cabildo y asamblea, y empecé el trabajo articulador. Sin embargo, debo reconocer que fue duro iniciar un proceso de liderazgo siendo mujer en esta sociedad tan machista y discriminadora. Pero con la fuerza que me da ser mujer indígena nasa y con la ayuda de otro compañero logramos una mesa de víctimas. Y de no tener nada conseguimos reconocimiento jurídico. Como lo dije antes, desde ahí empieza mi misión en escenarios políticos. Soy defensora de derechos humanos de los pueblos indígenas. A veces me llaman del Vichada, de otros lados, y me piden ayuda de enlace en esta ciudad. Porque tuve suerte en mi primer acercamiento, sé cómo son las cosas. Y por eso parte de mi trabajo es ayudarles a otros a encontrar y visibilizar esas redes de apoyo.

Tuve suerte cuando llegué a esta gran ciudad donde ya no está el *tul* [chagra o huerta], si no el tul

blanca, el cemento, mucha gente *musxka* [blanca]. Y me tocó acomodarme y adaptarme para sobrevivir. Sin embargo, jamás he sido desagradecida porque eso trae más pensamiento oscuro, como dicen los *The Wala* [médicos tradicionales]. Por eso hoy agradezco a esta selva de cemento todo lo que me ha dado y enseñando en positivo o negativo, porque eso me ha permitido ser resiliente, a tener resistencia pese a lo que me pasó. En este momento no soy profesional. Soy bachiller nada más, pero ya estoy en la universidad tratando de aprender otros conocimientos que me puedan ayudar a mí en primer lugar, y en segundo lugar a la comunidad indígena. He logrado consolidar y apoyar varios procesos indígenas en Bogotá. La vida me ha dado un hermoso hogar en esta ciudad, donde conocí a mi compañero de vida, que pertenece al pueblo indígena wayúu y con quien tengo mi hermoso hijo Antonio, que me enseña todos los días a ser más consciente, más equilibrada y armónica con el entorno, la familia y la sociedad tan necesitada de cambios en medio de este conflicto interno.

Cuando el conflicto armado llega a los territorios, primero rompe la armonía territorial de los sitios sagrados, esa armonía de compartir con el otro, de estar hasta tarde. Si antes los niños estaban libres

por ahí jugando, de pronto empieza el rumor de que hay una mina, que por allá no, que no se puede. Todos los grupos armados —el ejército, las guerrillas, los paramilitares, etc.— empiezan a generar un poco de matices de desarmonías. Porque llegan como dueños por su casa. Y como llegan a un territorio en donde la guardia solo lleva un bastón, entonces llegan a violentar a mujeres y niños. Esos ejércitos manejan diferentes formas de aproximarse: empiezan a enamorar a las jovencitas, a atraer a los jóvenes con el poder de un arma. Y todo eso desarmoniza. Cuando nos asesinan a los abuelos, a las autoridades, cuando un proceso es tan frágil en lo político van y matan a quien más habla. Detrás de esos ejércitos están los ojos de agua, las minas de oro, el coltán, el petróleo, los recursos naturales. Esas son las causas de ese conflicto, y esas son las causas por las que los pueblos indígenas estamos llegando a las grandes ciudades. Pero todo esto no lo saben los que habitan en la ciudad.

Los desplazados de los territorios, por masacres o por toda clase de violaciones de derechos humanos, llegan a las ciudades sin nada, solo con dolor. Lo digo porque lo viví. Sé lo duro que es iniciar otra vida sin nada, más aún en una ciudad como Bogotá en donde sus habitantes son indolentes y discriminan

a los pueblos indígenas de distintas maneras: que son perezosos, que no saben nada, y que solo llegan a mendigar, sin conocer las realidades tan duras de las que vienen.

Los pueblos indígenas siempre hemos dicho que el tema territorial, las tierras, es lo que más se ve afectado por el conflicto armado. Si uno ve la historia, algunos pueblos del Vichada o del Vaupés, entre otros, son recolectores o cazadores, y hoy los tienen en un pedazo de tierra de tres por cuatro; entonces hay desnutrición porque ya no pueden cazar ni pescar. Y cuando uno va a mirar es porque está entrando la multinacional, porque alguien compró tierras para hacer no sé qué —la palma de cera…—: son muchas cosas. En gran parte, y lo puedo decir sobre todo por el norte del Cauca, el conflicto es un tema de tierras, de territorio, de quitarles la tierra a los indígenas. El narcotráfico ha ayudado a que se incrementen todos estos problemas. Pero si a mí me preguntan como mujer, digo que es un tema de adquisición de tierras, de quitarle la tierra al indio, de desplazarlo, para desarticularlo.

Las tierras que nos quitaron a los nasa nadie sabe de quién son ahora. Hoy en día es muy difícil todo. Porque el conflicto armado no cesa. Antes uno sabía con quién hablar y se hacían acuerdos con la

guerrilla, con los paras o con el ejército. Pero ahora hay paramilitares, y bandas, y narcos de uno y del otro, y esa mezcla es terrible. Hay territorio, y en este viene a mandar todo el mundo. Es muy difícil.

Sin embargo, en medio de toda esta vulnerabilidad, lo más bonito es encontrarnos entre paisanos. Me da tristeza que algunos paisanos se convierten. En la ciudad sufren de ese desarraigo cultural, y eso es tan fuerte que terminamos discriminándonos entre nosotros mismos. Porque una política pública está enseñándonos eso y ya son muy pocos los líderes que realmente piensan, como lo dice un gran amigo mío, en el indígena raso que viene a pie, sin nada más que esperanza en el corazón de salvaguardar su vida y en vivir el día a día porque lo han despojado de todo lo que tenía en su territorio. Por esto es que cada mañana me levanto con la fuerza de querer ayudar con lo poco que sé. He aprendido a revindicar esa colectividad, la autonomía, la autodeterminación y los derechos de estas comunidades que muchos desconocen; porque en la ciudad casi se vuelve un patrón el desconocimiento y la discriminación estructural para con los pueblos y comunidades indígenas. Esta es mi labor, mi vocación, como dirían los *musxkas* (blancos): tratar de encontrar la manera de ayudar a alguien que necesita a veces de cosas tan sencillas

como saber la ruta para declarar cuándo se desplazó por primera vez a Bogotá, sin conocer a nadie; o cosas tan simples como hacer una llamada… Porque cuando uno llega desconoce sobre todo cómo obtener un poco de ayuda.

Por tal motivo, estas líneas son para contarle al lector por qué llegamos y qué hacemos los pueblos indígenas en la ciudad. Ojalá empecemos entre todos a tejer desde un saludo, permitiéndonos conocer esa diversidad que tiene Bogotá, donde no solo está el citadino, sino el campesino, las mujeres, los afros, los indígenas, todos haciendo resistencia desde sus culturas, tradiciones, usos y costumbres. Un simple saludo sirve mucho para construir equilibrio, igualdad e inclusión desde cómo vernos hasta el quehacer de cada uno en esta grande ciudad.

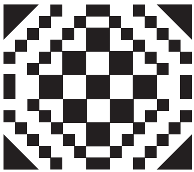
Puedo hoy contarles que no ha sido fácil, pero muchos tenemos resistencia, una resistencia que ha servido para ayudar al otro. Desde ahí hemos podido encontrar cosas maravillosas que tiene esta ciudad. Yo le digo ciudad de oportunidades, algunas positivas o negativas, pero de igual forma son oportunidades, solo queda lo que uno como ser pueda escoger para bien o para mal.

Ejercer como líder no es fácil. En algunos casos uno encuentra gente muy agradecida desde la

palabra, pero en otros solo te genera desarmonías. Sin embargo, es solo recordar que te debes levantar porque son muchas las palabras dulces de aquellos que necesitan aprender un poco de lo que uno ya ha aprendido. Hablo incluso de cosas tan sencillas como coger Transmilenio o ubicarse en esta ciudad. Por eso esta mujer indígena del pueblo nasa que les habla no se atreve a claudicar o a cansarse de su quehacer todos los días.

Siempre he dicho que mientras uno esté vivo debe estar para ayudar, para construir, para orientar si se lo permite, pero sobre todo para aprender cada día. Yo he aprendido mucho de esta ciudad, de los paisanos, de todas las personas que la vida me ha puesto en mi caminar, de mi hermoso retoño —mi hijo—, quien llegó para recordarme qué es ser niño, qué es tener paciencia y más en esta ciudad donde todos y todas vamos a mil por minuto. Mi hijo me enseña a tener tiempo, a pausar esos minutos, a acordarme que debo alimentarme bien, descansar y soñar bonito. Me enseña a volver a mis costumbres: un claro ejemplo es volver a bañarme con plantas medicinales, una costumbre de mi pueblo que había abandonado. Me enseña que debo aprender a regar para recoger, a volver a la música ancestral, a tejer, a danzar, y eso, debo admitirlo, hace que se me enchar-

quen los ojos. Él, con solo dos añitos de vida, vino para enseñarme que no debo olvidar de quién soy hija y para qué vine a este mundo. Él, como semillita de vida mía, me ha permitido volver al ombligo, volver a mi territorio ancestral.



Palabras con piel de viento y árbol, para territorios de cemento

Iván Niviayo

Mientras la ciudad avanza, sin tregua, hiriendo de muerte mi antiguo resguardo, abriendo en mi ser lacerante herida. Suba, te sigo amando, Suba, en brazos de luna triste, agonizas, tú... mi raíz, mi árbol sagrado, que anida tesoros invisibles.

Sabedor Gonzalo Gómez Cabiativa

Heridas de agua y tierra en la memoria

Sentado en piedra, tronco o memoria, el abuelo con sus ojos profundos ve como un único territorio al ave que canta, la semilla que duerme, la mujer que cocina, el rayo que ordena, la nube que camina, la flor que despierta, la montaña que vigila, el hombre que cultiva y el niño que juega. *Todos son hilos de la misma ruana*.

En el ojo del abuelo, la memoria ancestral es fermento de vida. Su corazón, *que es a su vez su pensamiento*, entiende que somos hilo de territorio, te-

jido de vida, hijos y hermanos del paisaje. El cielo y la tierra, con su extensa inmensidad, están afuera y adentro de nosotros con toda su complejidad, somos laguna, montaña, pez y rana; tanto el páramo, el bosque como el desierto, son reflejos de nuestro espíritu. Somos cenizas de estrellas y fermento de bosque, cargamos en nuestro cuerpo la memoria de la vida, dentro de nuestra piel habitan y duermen en silencio ruidoso los millones de madres, padres, abuelas y abuelos que nos han precedido.

El alimento, la medicina y la cultura son hilos tejidos por la memoria que forman la gran ruana llamada territorio. Por ello, antes que soñara el primer hombre, ya las plantas, peces e insectos nos soñaban. Mientras ellos ya eran la primera catedral de la vida en la tierra, nosotros éramos sueño y memoria de la tierra: "... de la tierra venimos y a la tierra retornamos".

Parafraseando a un poeta antiguo: "No eres una gota en el océano; eres el océano entero en una gota"; así mismo podemos decir que "no somos una comunidad en un territorio, somos el territorio entero en una comunidad", cargamos en nuestra lengua la forma en que nuestros ancestros narraron al mundo, cargamos en nuestra medicina todas las plantas, árboles, aguas, piedras y lugares de la tierra de nuestros ancestros, cargamos en nuestro alimento la memoria

ancestral del fuego y la primera medicina, cargamos en nuestro cuerpo y en sus prendas la cosmovisión de nuestra comunidad. Cada tejido, color, palabra o medicina de nuestra cultura nacen y pertenecen literalmente a la tierra que nos teje. ¡Madre tierra, bendito es el fruto de tu vientre!

Cuando la gente entiende esto, ya está preparada para entender la profundidad de los daños que hemos venido sufriendo los pueblos indígenas en todos los territorios de Colombia con el desarrollo de la violencia armada en nuestras tierras, puesto que la herida de la violencia no solo está en el rostro de la viuda, la incertidumbre del desaparecido o el cuerpo roto del masacrado. La herida de la guerra también está presente en la enfermedad de nuestros territorios: ríos y nacimientos de agua contaminados por mercurio, páramos desecados y heridos por industrias extractivistas, bosques ancestrales talados para desarrollar ganadería, montañas y lagunas rotas por la minería, tierra fértil que se hace infértil y humedales que se transforman en parques de cemento. Esa es la desarmonía que enferma la memoria de la vida y el territorio. Dolor contaminado que se vive en las entrañas de la tierra y en lo profundo del corazón familiar posterior a las décadas del daño original.

Por ello la violencia y el conflicto armado no solo lastima los corazones de la gente, sino también sus memorias territoriales. La herida de guerra en comunidad se incrusta en el cuerpo, en la casa y en el territorio. La sangre deja de ser símbolo de vida, para ser símbolo de muerte; el río deja de entregarnos alimento por entregar cadáveres; el dolor empaña las aguas y la maleza enmaraña la memoria. El desplazamiento forzado es un acto que rompe los tejidos de la vida y de la memoria, heridas de agua y tierra que impregnan durante generaciones nuestras semillas. Con la pérdida de la tierra y de las aguas, perdemos el derecho a cultivar y producir nuestra comida, perdemos la medicina que nos ofrece la tierra, perdemos la palabra que nombra al mundo, perdemos la ropa que refleja el territorio, perdemos la memoria de nuestra tierra: el conflicto armado, la violencia y el desplazamiento rompen el orden ancestral del territorio y la vida.

La ciudad de Bogotá: un territorio que respira, come y crece

La ciudad es miope, porque sus habitantes lo quieren ser. Desde la ciudad no se quiere ver la guerra, no se quieren escuchar sus estruendos, no se quiere narrar su historia. La violencia y el desplazamiento

parecen ser mundos opuestos a lo que se vive en las ciudades. *No hay peor ciego que el que no quiere ver.* La ciudad parece ser otro territorio donde la memoria, la ancestralidad y lo indígena no tienen espacio. *Eso nos lo enseñaron en la escuela, ¿verdad?...* Es en este punto de la narración donde quiero contar la historia de nuestra comunidad indígena y su relación con la "cabeza" del conflicto armado.

Las comunidades indígenas muiscas (Suba, Bosa, Cota, Chía, Sesquilé) somos los habitantes ancestrales de la sabana de Bogotá. Nuestras familias llevan más de 800 años viviendo en este territorio, jamás nos hemos ido de estas tierras. Somos muiscas y hemos vivido aquí antes de que la ciudad de Bogotá se llamara Bogotá, antes de que Colombia se llamara Colombia y antes de que Suba se llamara Suba. Como dicen los abuelos de mi comunidad, "nosotros no llegamos a la ciudad; la ciudad llegó a nosotros".

Nuestros territorios pasaron durante los últimos 500 años por los siguientes cambios: de cacicazgo indígena a encomienda y mita española; posteriormente, se conformó el resguardo de Suba, que, luego de la revolución de los comuneros y la conformación de la república, empezó un proceso de disolución (1832), que terminaría en la división de las tierras del resguardo en parcelas familiares e in-

dividuales (1888). Con la pérdida del derecho colectivo sobre la tierra, adquirimos el "derecho civilizado a la propiedad privada" y con ello nos otorgaron el derecho a que nos compraran, nos robaran y se apropiaran de manera legal de nuestras tierras, a través de la palabra escrita en *piel de árbol*. "Divide y vencerás", dice el general.

Cuando nuestro territorio pasó de resguardo a municipio aledaño a Bogotá, no pasaron menos de 60 años antes de que la ciudad comenzará a devorar nuestro territorio para incluirlos dentro de su vientre. De esta manera en 1954, el municipio de Suba que hacía unas décadas había sido resguardo fue anexado a la gran ciudad de Bogotá. Así la tierra comunal y ancestral se transformó en "bien de uso" de la ciudad. Pasamos de resguardo a municipio y posteriormente a localidad de la ciudad capital.

A pesar de las transformaciones durante 500 años, nuestra comunidad herida territorialmente pudo resistir y pervivir durante todas estas transformaciones, puesto que, aunque cambiaron los reyes y gobernantes, no cambió la relación de la gente con su tierra. Sin importar el nombre que nos pusieron, la tierra siguió siendo labrada y cultivada por las mismas manos. La resistencia de nuestro pueblo ante la desaparición se dio desde el azadón, la greda y la

huerta. Pervivimos como cultura ancestral en medio de la urbe gracias a la permanencia territorial y a las prácticas cotidianas asociadas al territorio.

Nuestro pueblo habita el territorio urbanizado más grande de Colombia, nuestras tierras en menos de medio siglo se transformaron radicalmente. *Cuando cambia la tierra, cambia la cultura; cuando cambia la cultura, cambia la gente.* Por ello para nosotros la verdadera herida de exterminio cultural empieza hace 60 años cuando empiezan a llegar a nuestras tierras no solo los urbanistas que se apropiaron de nuestra madre, sino también cuando comenzaron a llegar las primeras oleadas de desplazados por la violencia armada. Frecuentemente hablamos de los lugares de donde salió expulsada la gente, pero casi no hablamos de los lugares que los recibieron. Los desplazados de los años cincuenta y sesenta no llegaron directamente a Bogotá, sino a sus periferias. Un gran movimiento de desplazados del Tolima y Huila terminaron llegando a Suba. Cuando nos dimos cuenta, ya no eramos los dueños de la tierra ni estábamos solos: el territorio recibió un montón de familias desplazadas por la violencia que llegaron buscando refugio. Pasamos de tener 6062 personas, según el censo de 1951, a tener medio millón (564.658) en 1993. Desplazados, urbanistas, fa-

milias humildes, millonarias y hacendadas en menos de cuatro décadas generaron un cambio tan abrupto que transformó todo. Pero los desplazados solo fueron el resultado de un proceso mucho más grande y complejo. Ahí fue cuando cuando conocimos a ese monstruo colosal, más grande que cualquier animal que haya pisado estas tierras, un animal sediento que bebe agua de los páramos, defeca en los ríos, respira un vaho negro que tiñe el cielo de la mañana, su sangre es de petróleo y gasolina, en su vientre el árbol de la vida no da frutos, no tiene pies, por lo que no puede moverse, pero sí tiene manos grandes para quitar y una boca insaciable para alimentarse de otros territorios sin importar lo lejos que estén. Es un animal glotón que no para de comer montañas, frutos, lagunas y bosques y, a pesar de ello, en su vientre impera el hambre, la desconfianza y la amnesia entre todos los que viven en su interior. Un animal tan vivo como la madre tierra, un animal al que hoy le llaman ciudad.

Con la ciudad llegó una guerra extensa que lo único que ha provocado es la amnesia territorial y el dolor extendido en las semillas. Para nosotros, el desplazamiento muisca empezó con la disolución de nuestro resguardo y se profundizó con la llegada de la ciudad. Como si fuera un veneno dulce, creímos

que la ciudad solucionaría parte de los conflictos y problemas que teníamos, pero nos equivocamos. La ciudad es la cabeza de la guerra, es donde se gesta el dolor silencioso de los bosques y montañas; todos los conflictos económicos y sociales que se viven en los territorios rurales tienen una profunda relación con el modo de vida de las ciudades.

¿Para qué se desarrollan técnicas como el *fracking* que tanto daño hacen al territorio? *Para sacar petróleo y con ello producir gasolina, diesel, lubricantes de autos y sobre todo plástico que se usan en las grandes urbes cotidianamente.*

¿Para qué se talan bosques ancestrales o se desecan paramos? *Para reemplazarlo por pasto que sirva como alimento para el ganado, el que luego se volverá embutido o hamburguesas.*

¿Por qué se inundan valles enteros para construir gigantes represas eléctricas? *Para producción y abastecimiento de energía, para las industrias y el sostenimiento del modo de vida contemporáneo que tenemos en las ciudades: computadores, centros comerciales, alumbrado público, infraestructura, alimentación, vivienda, transporte, etc.*

En resumidas cuentas, ¿por qué se vive una guerra en nuestro país? Para lograr el dominio, control y ganancia económica con recursos naturales.

¿Para qué se quieren obtener recursos naturales? Para la fabricación de insumos, bienes, servicios que necesitan las empresas. ¿Y para qué necesitan las fábricas y empresas estos insumos? Para satisfacer la alta demanda de consumidores; es decir, sacrificamos millones de vidas en los territorios rurales para ofrecerle a la sociedad urbana un modo de vida cómoda. El costo de complacer rápidamente nuestros deseos individuales es la destrucción de los territorios colectivos; la violencia armada en Colombia ha sido solo el medio e instrumento para sostener los modos de vida de unos cuantos sobre muchos otros.

Detente un momento y piénsalo: en comparación con los miles de abuelos y abuelas que nos han precedido, nuestra vida en las ciudades es de reyes: tenemos luz, fuego y agua a total disposición, encontramos comida y bebida en cualquier esquina, cada dos cuadras encontramos medicamentos; sin importar el tiempo o la fecha, lo que alimenta nuestro deseo siempre está disponible en las ciudades, las ciudades modernas se alimentan, comen y crecen por nuestro deseo individual. Dentro de la ciudad, nadie mira el profundo cielo, todos son individuos separados e independientes, todos viven juntos pero nadie conoce a nadie, dormimos en edificios, sepa-

rados por unos cuantos centímetros de pared y nadie sabe si su vecino tiene hambre o está sediento. Ya no somos gente, somos individuos.

La esclavitud continúa dentro de las sociedades, pero también sobre la naturaleza. Como sociedades modernas, nos vemos como parte ajena del territorio y de la vida, de hecho creemos que la naturaleza es todo lo que tiene color verde, menos nosotros. Parafraseando al matemático Edward Lorenz, "el huracán reposa sobre las alas de la mariposa", es decir que todo en el territorio está conectado, desde la más pequeña gota de rocío hasta las profundidades del mar. Nuestros más pequeños deseos personales están ligados a los grandes impactos del mundo entero; si aún no me cree, piense que un ser humano en Wuhan tuvo contacto con un pangolín, y hoy esa pequeña acción de alguien a quien nunca conoceré hizo que perdiera a mis últimos dos abuelos (quienes inspiraron este texto. ¡Te amo, María; te amo, Olinto!).

La palabra y la memoria como medicina para sanar los territorios

Las palabras están tejidas de aire y memoria, por eso están tan vacías como llenas de historias. La palabra

no pesa, por lo cual le es más fácil flotar entre la boca y el oído. Cuando la palabra está llena de memoria, gana un peso ligero que no le permite que se la *lleve el viento* sin rumbo, siendo arrastrada por el olvido entre las hojas del bosque, o entre la erosión de la roca.

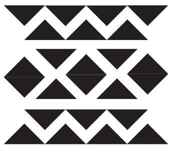
Cuando la palabra está llena de memoria, gana un peso cercano al suspiro; suficiente como para flotar en el aire y caer lentamente con gracia a la tierra como las semillas del diente de león al ser sopladas. Cuando la palabra toca la vida, la memoria se vuelve territorio, lengua, ser y momento. Nacen las historias cargadas de estrellas y lagunas que nos remontan a la raíz de la historia, la raíz de la vida, la raíz del tiempo. La palabra cargada de memoria germina sobre la cultura, tejiendo el tiempo de los ancestros con nuestro tiempo. Los *antiguos* lo sabían y por eso tenían tan profundo respeto por la palabra, por cumplirla, acatarla, compartirla o negarla.

El conflicto armado en Colombia no se transformará hasta que nosotros no tomemos acciones pequeñas y profundas sobre las formas de habitar y relacionarnos en las ciudades; es decir, cómo habito y me relaciono con el resto del mundo. Sé que puede sonar muy general o etéreo, pero no eche en saco roto mi historia, los abuelos nos han enseñado que *grano a grano se llena el buche,* es decir que las ac-

ciones pequeñas pero constantes permiten cambiar al mundo.

Necesitamos volver a fortalecer la palabra y el diálogo para volver a invocar la memoria en nuestro territorio, debemos volver a las plazas públicas, a las calles, a los parques para conversar, para dialogar con el otro, la palabra conversada y compartida no es una batalla, es una danza. Bailemos la palabra, compartámosla como alimento con el otro. En estos tiempos cuando la palabra ha perdido el valor y los chats han reemplazado la conversación, necesitamos volver a la semilla, volver a escucharnos y palabrearnos.

No me queda más que anhelar que la palabra escrita con piel de viento (oral) y la palabra con piel de árbol (escrita) retornen como medicina a nuestro territorio.



Todos los pueblos indígenas somos uno solo[1]

Nelson Tuntaquimba Quinche

Soy indígena Kichwa-Otavalo. Mis padres son de la comunidad de Quinchuquí, cantón Otavalo, provincia de Imbabura, Ecuador. Soy el último de una familia de nueve hermanos. Mi padre es Rafael Tuntaquimba Cotacache y mi madre es Rosa Elena Quinche Maldonado.

Mi padre llegó a Bogotá con la familia más o menos en 1949, aunque ya había venido antes a comercializar sus productos artesanales y manufactureros desde 1945. Venía de paso por Bogotá gracias a una gira auspiciada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, por haber sido ganador de un concurso como uno de los mejores textilistas de ese año. La gira consistía en realizar exposiciones de sus trabajos en Bogotá, Caracas y Ciudad de México. Por eso viajaba con un pasaporte diplomático.

---

1 *Runapuraka shukllami kanchik.*

En Bogotá la exposición fue en el subterráneo de la Avenida Jiménez con octava. Mi padre dice que fue tanto el éxito que la gente les hacía filas y filas para comprarles; y les suplicaban para que extendieran por varios días la exposición en el subterráneo. Por esa razón se quedaron acá. Se enamoraron de Bogotá y de su gente. Compraron madera, hicieron más telares manuales y decidieron establecerse en esta ciudad. No quisieron viajar a Venezuela ni a México.

Primero vivieron en el barrio El Vergel, luego en el barrio La Pradera, que está en la localidad de Puente Aranda, después se establecieron en el barrio Doce de Octubre, localidad de Barrios Unidos, y crearon sus microempresas generando trabajo para la gente de aquí de Bogotá. Luego fueron llegando más paisanos que se enteraron del éxito y también llegaron a armar sus empresas.

Aquí en Bogotá nacimos cinco de los siete hermanos. Nos identificamos como kichwa bogotanos. En realidad, aquí nacimos siete hijos, fallecieron dos, y quedamos siete con los dos que nacieron en Ecuador. Yo soy el menor de todos.

Nos dimos cuenta de que éramos diferentes a los demás porque dentro de casa vivíamos un universo diferente al de la calle o el colegio. Éramos diferentes en muchas cosas: fácilmente se podía

ver en la vestimenta, la gastronomía, la música. Mi papá, por ejemplo, llevaba el cabello largo en trenza, sombrero, pantalón blanco, poncho de color azul (ruana), camisa blanca y alpargates blancos. Mi mamita utilizaba la fachalina (rebozo de color negro), el *anaku* (una falda que consiste en dos paños, blanco y negro) y la *uma watarina* (paño en la cabeza), que solo usan las mayoras. Esas eran las diferencias visibles, aunque las celebraciones y festividades también eran distintas porque eran con música tradicional y bebida tradicional (chicha).

Uno de niño no entendía por qué pasábamos de fiesta en fiesta, pero más tarde comprendí que era porque había muchas celebraciones en relación al calendario agrícola, nuestra cosmovisión y los usos y costumbres de una cultura propia. Pude entender que se celebraba el *Pawkar Raimy* (fiesta del florecimiento), en febrero, y el *Mushuk Nina* (Nuevo Fuego), en marzo. En junio se celebra el Hatun Puncha, el día grande, y el *Inti Raymi* (fiesta del sol). En septiembre celebramos el *Koya Raymi* (tiempo femenino). En noviembre se visita a los difuntos y se intercambian alimentos. Y en diciembre se celebra el *Kapac Raymi* (tiempo de sabiduría).

Además de estas fiestas patrimoniales y comunitarias, se realizaban fiestas por un nacimiento,

paso de niña a mujer o de niño a hombre, pedido de mano, o matrimonio, y por el fallecimiento de alguien, para acompañar a los familiares del difunto y hacer menos doloroso el momento de duelo. Y eso era distinto. Eso sin contar que nuestros padres se comunicaban en otro idioma, su idioma propio. Todo eso hacía que fuéramos conscientes de que éramos diferentes.

Nosotros no hablábamos el idioma propio porque nuestros padres no nos enseñaron, básicamente porque en Ecuador había mucho racismo, y no solo en Ecuador, sino en todos los países. Racismo, al extremo de no dejar caminar a los indígenas por los andenes de las calles; tampoco los admitían en los escuelas por llevar el cabello largo, ni los dejaban sentar en las flotas. Por esos motivos nuestros padres siempre quisieron encontrar un mejor lugar para vivir. Y por ese motivo, aquí en Bogotá no nos enseñaron el idioma propio (*Runa-Shimi*) con el propósito de que habláramos bien el español y no sufriéramos discriminación como ellos.

Como respuesta a ese racismo y para evitarnos problemas, nuestros padres nos cortaron el cabello y nos vistieron como los demás niños de la ciudad. Nos matricularon en la escuela y nos hablaban solamente en español.

Los hijos estudiamos en diferentes escuelas en Bogotá. Cuando yo estaba por los diez u once años hubo varios acontecimientos sociales en Suramérica, importantes en esa época, como el derrocamiento de Salvador Allende, presidente de Chile, y el establecimiento de la dictadura de Pinochet en 1973; en Colombia se gestaron varios movimientos sociales como el estudiantil y el sindical, y hubo muchas manifestaciones y paros, además de movimientos revolucionarios y la guerrilla, que ya venía organizada desde los años cincuenta.

Entonces nosotros empezamos a interesarnos por esos movimientos, a ver de frente esas desigualdades sociales. Y cuando comenzó la dictadura de Pinochet nos dimos cuenta de los maltratos y asesinatos a líderes sociales, artistas y estudiantes. Por eso armamos el grupo de música tradicional y cultural, como respuesta a ese sentir. En ese entonces yo tenía doce años, y William, mi sobrino menor, tenía once años. Al grupo lo llamamos Runac Pac Huacay (Llanto del Indio) en memoria de todo lo que sufre el indígena en cuanto a discriminación, racismo, estigmatización, exclusión, etc.

Defender ese pensamiento de igualdad social se nos fue metiendo a nosotros. Comenzamos a tener ese despertar en la conciencia de que éramos parte

de los excluidos y comprendimos que somos una población desplazada y vulnerable. Por eso comenzamos a alzar nuestra voz de protesta a través de la música.

Participamos en diferentes festivales de música protesta o, como se le llamaba en esa época, música de alzada. Recuerdo que participamos en el Festival de la Música Social celebrado en el auditorio de la Universidad de La Salle, con invitados internacionales de países como Cuba, Chile y Argentina. Y sucedió que los militares entraron en pleno concierto a apresar a los artistas y a boicotear todo el festival, razón por la cual a todos los artistas nos tocó salir corriendo como si fuéramos criminales —en ese entonces yo tenía trece o catorce años—.

Comenzamos a despertar a medida que íbamos creciendo y alcanzábamos la adolescencia. En 1978, cuando yo tenía 16 años, salió lo mejor de la música, según mi gusto: el rock, las baladas, la salsa, el disco, las orquestas tropicales… todo era lo mejor.

Al mismo tiempo en nuestra casa escuchábamos otras cosas, porque siempre había celebraciones. Al amanecer nuestros mayores tocaban sus guitarras, las flautas y tocaban nuestra música tradicional, que nos llegaba a la sangre. Yo aprendía mirando a los mayores, y en mis ratos libres cogía un instrumento

y practicaba, ya fuera la guitarra, el bandolín, el requinto o las quenas.

Siempre recibimos un ejemplo de mis padres como personas honestas, armoniosas, equilibradas y guerreras ante las dificultades y tropiezos de la vida; también de su altivez y orgullo de su raza, de su origen indígena, del pueblo Kichwa. Mi padre fue una persona muy elegante, siempre salía impecable y pulcro con su traje tradicional y siempre con la mente positiva.

Siempre nos inculcó que debíamos amar y respetar a todo el mundo con un trato de igualdad: así fuera un gamín o un doctor con corbata, debíamos saludarlo de la misma manera; esa enseñanza y conciencia se nos quedó para toda la vida.

Cuando comienzo a tener conciencia de pertenecer al universo indígena colombiano

Entre 1978 y 1984 nos presentamos en muchos sitios y nos volvimos algo populares. Tan populares que algunos grupos de música que iban de viaje a Europa se interesaron por uno de los integrantes de nuestro grupo, que para esa época ya se llamaba Kapary. En 1986 se llevaron al vientista, César Albancando, para

Dinamarca. Allá estuvo un año y, cuando regresó, nos propuso viajar a Europa, porque allá valoran la música, nuestra cultura y además se podía hacer trabajo social porque hay muchas ONG. Así que tomamos la decisión de viajar a Europa.

Quedamos sorprendidos por su cultura y sobre todo con el respeto que la población europea tiene hacia los pueblos originarios de Suramérica. Ahí entendimos que nosotros éramos población originaria de este continente, que tenemos un valor cultural y un patrimonio cultural intangible, que nuestros ancestros tuvieron un conocimiento muy avanzado e importante, que no teníamos que olvidar nuestra cultura, ni nuestro idioma, mucho menos nuestra identidad. Allá creamos esa conciencia, nos dejamos crecer el cabello y comenzamos a usar nuestros trajes y a rescatar todos los valores y elementos identitarios de nuestro pueblo indígena.

Duramos en ese trajín como doce años, realizando giras musicales por países como Dinamarca, Suecia, Finlandia, Noruega, Alemania y Checoslovaquia. Más adelante estuvimos en Alaska y en muchos estados de los Estados Unidos, viajábamos cada año por 5 o 6 meses, y el resto del tiempo lo pasábamos aquí en Colombia, trabajando en la música y la elaboración de las artesanías. Aquí en Colombia tam-

bién viajábamos mucho por ciudades para poder vender nuestra mercancía.

Por el año de 2001 dejamos de viajar al exterior y nos concientizamos más sobre los problemas sociales, políticos y económicos, que se acrecentaron con los atentados de Pablo Escobar, el conflicto armado y la corrupción. Entendimos que éramos vulnerables en muchos sentidos. Por ejemplo, nos dimos cuenta de que todos los de la comunidad estábamos desamparados en salud, y que afiliarse a algún sistema de salud era casi imposible. En ese tiempo solo estaba el Seguro Social y, para poder afiliarse, había que combatir una burocracia terrible. Por todas esas circunstancias fue que en el año 2003 comenzamos a organizarnos como cabildo.

Después de eso, en uno de los conciertos conocimos a una compañera indígena, Ati Quigua. Nos dijo que no la querían dejar posesionar de su curul como concejala de Bogotá porque era menor de 25 años, edad requerida para ser concejala. Y decidimos apoyarla, haciendo una manifestación cultural afuera del Concejo de Bogotá y exigiendo que se le devolviera su curul de concejala. Ella llegó a donde era porque nosotros éramos promotores de la igualdad. Teníamos esa conciencia de ser promotores de la defensa de los derechos de nuestros pueblos porque ya

habíamos madurado ideológicamente en Europa. A partir de entonces, conocimos más indígenas, como los wayúu, los pijaos, los ingas, los muiscas.

Ati nos dio orientación para realizar la solicitud de reconocimiento como cabildo kichwa ante el Ministerio del Interior y de Justicia. Así comenzamos a organizarnos, a convocar asambleas comunitarias y escoger las autoridades tradicionales, y a hacer el censo de todos los kichwa colombianos y los residentes en Bogotá.

De esa manera fuimos gestando un proceso político organizativo con otros tres cabildos y conformamos una asociación de cabildos indígenas en Bogotá (ascai), de la cual yo fui el representante legal en 2006 y 2007. Comenzamos a fortalecernos y hasta la fecha hemos desarrollado varios procesos importantes como pueblos indígenas.

Es importante decir que Bogotá es Colombia, en la parte económica, administrativa, social y cultural. Podemos decir que todo lo que se logra acá se replica a nivel nacional y por eso es tan importante todo lo que hemos construido aquí en cuanto a decretos y políticas públicas para pueblos indígenas asentados en el distrito.

Lo que hemos logrado solo es un hilo de un tejido total del que muchos líderes y autoridades de diferentes pueblos han venido trabajando, sumando

esfuerzos en este gran proceso histórico. Todo lo que hemos hecho en materia cultural y artesanal ha sido una expresión de resistencia, un proceso de pervivencia y de visibilización en un contexto de ciudad que es muy diferente al territorio de origen.

Hay que seguir en pie desde la tradición oral, desde nuestros usos y costumbres, la música, las artesanías, los cantos ancestrales, la danza, la medicina, la gastronomía, la vestimenta y el idioma propio. Es hora de compartir con la gente ese pensamiento que tenemos de armonía con el entorno, el equilibrio desde lo físico, lo mental y lo emocional, respeto a la naturaleza, a todos los seres vivos e inertes, con honestidad y responsabilidad.

Gracias a ese trabajo continuado a lo largo del tiempo, hemos logrado cambiar ese pensamiento de estigmatización hacia los pueblos indígenas. Hoy en día tenemos más apoyo y, por eso, estamos en el momento del levantamiento de los pueblos indígenas.

Cuando el conflicto armado toca a mi puerta

Sigo siendo artesano y artista desde la expresión cultural musical de mi pueblo, pero de una manera más limitada. Me vi obligado a dejar de comercializar por

la Orinoquía mis productos: fabricaba hamacas en telar manual y ya no puedo viajar a ciudades y pueblos como Villavicencio, Granada, Puerto López, Puerto Gaitán, Restrepo, San José del Guaviare, Mesetas, Lejanías, Florencia, Mitú, Yopal, Puerto Carreño, Tame.

La decisión de dejar de comercializar fue porque en varias ocasiones vi en riesgo mi integridad. A mediados de enero del 2000, yo viajaba a San José del Guaviare con mis hamacas para vender. Cuando iba pasando el puente Guahibo, a unos cinco minutos antes de Guayabetal, el ejército ordenó detener el bus porque la guerrilla estaba atacando el pueblo. De pronto nos vimos en medio del fuego cruzado entre ejército y guerrilla; la única opción fue tirarnos al piso de la flota y orar para que no nos llegara una bala perdida. Ese tiroteo se prolongó como seis horas. Sentí mucho temor. Y creo que fue una violación a los derechos humanos contra la población civil, y una irresponsabilidad del ejército poner en riesgo la vida de muchos civiles.

En noviembre de 2007, viajaba en flota hacia San José del Guaviare. Cuarenta minutos antes de llegar a San José, había un retén de la guerrilla. Nos revisaron todo lo que llevábamos y nos extorsionaron. A los que no tenían plata les quitaban mercancía. Y como yo no llevaba dinero sino mercancía, me

tocó darles 15 hamacas. Uno tenía que entregar lo que pidieran sin tener la opción de responder o alegar algo.

También en el año 2012 en Puerto Gaitán fui extorsionado por algunos guerrilleros que también solicitaban vacuna (pagos) a los dueños de los locales comerciales. Me habían hecho seguimiento y vieron que vendía mi mercancía al por mayor en diferentes almacenes, entonces me atajaron y me pidieron dinero para poder tener el permiso de ellos y poder seguir ofreciendo mi mercancía en el pueblo. Es triste que personas honestas y trabajadoras del pueblo tengamos que pagar las consecuencias del conflicto armado.

En 2014 estaba entregando un pedido de hamacas a un cliente en el centro comercial Villa Julia de Villavicencio, cuando se me acercaron dos motos con cuatro militares que me trataron con palabras soeces, discriminativas por mi condición de indígena. Luego querían acusarme de traficante de armas; me hostigaron, me preguntaron dónde estaban los otros compañeros. Afortunadamente para esa época yo ya tenía conocimiento de los derechos humanos y no me dejé amedrentar: tomé foto de sus placas y, con la intervención de los comerciantes, pudimos evitar que me llevaran capturado. Yo creo que querían plata.

Lo que ya rebosó la copa y por lo que mi familia ya no quiso que siguiera viajando sucedió en el 2015. Me encontraba en Puerto Gaitán (Meta), ofreciendo mi mercancía, cuando fui interceptado por tres personas de aspecto tosco y poco cordial y fui extorsionado y amenazado para que no regresara a ese pueblo. Sus palabras textuales fueron: "Ecuatoriano HP, no lo queremos volver a ver por acá o si no le va a pasar lo mismo que a sus paisanos". Luego unos clientes me contaron que habían encontrado los cuerpos de dos indígenas Kichwa (ecuatorianos) a las afueras de Puerto Gaitán asesinados. Todos esos eventos me obligaron a reflexionar mucho sobre mi seguridad y la tranquilidad de mi familia. Y por eso me vi obligado a cambiar mi forma de trabajo y tratar de vender solo en Bogotá.

Este oficio de liderar procesos organizativos de las comunidades indígenas lo alternaba con la pedagogía de la música y también comencé a dictar clases de música con Idartes. Luego trabajé como referente territorial en la Subdirección de Asuntos Étnicos de la Secretaría de Gobierno, oficio que alternaba con el fortalecimiento de las comunidades indígenas aquí en Bogotá, siempre con la convicción de defender mi identidad como indígena y luchar por los derechos individuales y colectivos de los pueblos indígenas,

que a lo largo de la historia hemos sido ultrajados, humillados y discriminados.

Como respuesta a eso, también sigo haciendo música con mi grupo componiendo temas propios y trasmitiendo nuestros usos, costumbres y saberes a nuestros jóvenes, porque es la única forma de prolongar nuestra existencia en este país, donde parece que las leyes solo se aplican a los de ruana y la justicia es algo utópico para las poblaciones vulnerables.

Tristemente debo decir que el conflicto armado se ha convertido en el pretexto para asesinar a tantos líderes sociales, líderes indígenas, defensores de derechos humanos, sindicalistas. Tal vez lo peor del conflicto armado sea el rastro de pobreza que deja: miseria, desempleo, enfermedad, afectación psicológica en la población civil, mucho más en los campesinos, indígenas y otras poblaciones étnicas porque no solo están acabando con su legado cultural, sino que han sido desplazados de sus territorios a las grandes ciudades para sobrevivir en las más precarias condiciones. Y todo esto constituye la más grande crisis humanitaria del hemisferio sin que el gobierno se inmute.

Así resistimos, así nos oponemos a nuestra extinción, así pervivimos: con el sonido de nuestras flautas, cantos y rituales. Nuestras voces no callarán,

pues hablaremos a través de los vientos de las montañas, del sonido de los ríos, del vuelo de las aves, de la cosecha del maíz, del tabaco y de la coca, pues ahí estará siempre el espíritu indígena.

Jatarikchi Runakuna
Indígenas levantémonos

Tukui llactamanta runakuna
Indígenas de todos los pueblos

Runapuraka shukllami kanchik
Todos los pueblos indígenas somos uno solo.



Vito Apushana

Poeta de origen wayuu, nació en Carraipía, cerca de Maicao (La Guajira). Su nombre es Miguelángel Epeeyüi López y fue galardonado con el premio Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), en el año 2000, con la obra poética: *Encuentros en los senderos de Abya Yala*. En el año 2002 obtuvo la Beca Residencias Artísticas de Conaculta (México) y el Ministerio de Cultura de Colombia. Es activista social y miembro de la Junta Mayor de Palabreros Wayuu y del Comité de Paz y Derechos Humanos de La Guajira.



Fredy Chikangana

Su nombre en lengua indígena es Wiñay Mallki ("Raíz que permanece en el tiempo"). Poeta y oralitor quechua, de la nación Yanakuna Mitmak del Cauca. Premio de Poesía Universidad Nacional 1992 y finalista en 2008 del Premio Nosside de Poesía Global Multilingüe, en Italia. Ha publicado los libros *Kentipay llattantutamanta / el colibrí de la noche desnuda* (2008), *Samay Pisccok pponccopi muschcoypa / Espíritu de pájaro en pozos del ensueño* (2010) y *Voces de Abya Yala* (2012). Ha trabajado en el fortalecimiento de la identidad quechua yanakuna mitmak y la oralitura que comparte con hermanos nativos del continente americano. En 2019 se destacó como ganador absoluto del Premio de Poesía Global Multilingüe Nosside, en Italia.



Nataly Domicó Murillo

Su nombre emberá es Jainepono, que significa "espíritu de las flores". Es hija de una mujer afrodescendiente del Chocó y un hombre emberá eyabida de Mutatá, en el Urabá antioqueño. Ambas culturas milenarias y ancestrales han tejido lo que la constituye como mujer originaria. Pertenece a la comunidad de Chigorodocito del resguardo de Yabeberadó y Polines y es asesora del Cabildo Mayor Indígena de Chigorodó, organización que representa a las comunidades emberás de Chigorodó.



Hugo Jamioy

Oralitor de la nación camëntša. Nació en Waman Tabanók (que significa “Nuestro lugar sagrado de origen”), localizado en Sibundoy (Putumayo). Su padre es un médico tradicional y su madre una tejedora. Se vinculó a la Universidad de Caldas para estudiar agronomía. Sin embargo, la verdadera pasión de Jamioy era la poesía. En 2005 publicó su obra más reconocida, *Danzantes del viento*. El Ministerio de Cultura premió al poeta con una Beca de Investigación Nacional en Literatura en 2006 y, tres años después, le concedió la Beca Nacional de Creación de Oralitura. En 2013 participó en el Smithsonian Festival Folklife, en Washington, D. C. (Estados Unidos).



María Violet Medina Quiscue

Indígena nasa de Tierradentro. Nació en La Plata (Huila) en 1986. Estudió en el colegio Santo Tomás de Aquino en Popayán. En 2012, luego de la muerte de su padre, se fue a trabajar como maestra al Caquetá. En 2015 tuvo que abandonar a la fuerza su trabajo en la institución educativa Alto Brasil, de Florencia, porque fue una de docentes que se opuso a que reclutaran niñas de su escuela. Desde que llegó a Bogotá inició su proceso de liderazgo como defensora incansable de los derechos humanos y de los pueblos indígenas víctimas del conflicto. En 2019 nació su hijo Antonio.



Iván Francisco Mendoza Niviayo

Es “pregonero de ilusiones, tejedor de palabras y golpeador de corazones” e hijo de Hercilia y Francisco, nieto de Jorge, María y Olinto. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y delegado por la onic (Región Centro-oriental) en la Comisión Nacional de Territorios Indígenas (cnti). Ha trabajado como investigador indígena en proyectos de justicia propia y vejez indígena y ha sido gestor en la construcción de la política pública indígena en Bogotá. Actualmente es gobernador de su comunidad (2017-2021).



Nelson Gilberto Tuntaquimba Quinche

Líder indígena del pueblo kichwa, con formación tecnológica en Pedagogía Musical y Ejecución de Instrumentos Funcionales del sena. Integrante fundador de la agrupación musical Kapary Tradicional, que, en representación de Colombia y Ecuador, ha realizado giras por Europa y Estados Unidos. También hace parte de la agrupación Peguche Pura, para la que compone música tradicional en ritmos indígenas andinos e interpreta música latinoamericana. Ha ayudado a formular políticas públicas indígenas y ha sido gestor en proyectos de fortalecimiento de la medicina ancestral y procesos culturales de los pueblos originarios. Es docente en música tradicional y conciliador en equidad para solución de conflictos comunitarios. Actualmente es vicegobernador del Cabildo Mayor Indígena Kichwa de Bogotá.

Epílogo

Recuerdo mi origen y en él soy libre.
Nataly Domicó

Luego de leer este libro, resulta fácil concluir que ser indígena significa resistir, su mera existencia constituye un acto de resistencia, incansable y secular. Pero esto salta a la vista no solo leyendo estos testimonios, sino cualquier otro documento, crónica, noticia o relato sobre nuestra historia, en la que, aun silenciada o apartada, la presencia indígena pervive: somos sus herederos, vivimos en el territorio al que originalmente ellos le dieron forma y constituyen una parte nada despreciable de la población colombiana: según el censo de 2018, son casi dos millones de personas que se autorreconocen como indígenas.

De la infinidad de preguntas que surgen de inmediato, me quedo con una: ¿resistir contra qué? Las respuestas más crudas que se pueden dar —y a las que se aluden reiteradamente en este libro— son: se resiste contra la discriminación, el desplazamiento y, en última instancia, contra la muerte misma. Es una lucha histórica, que sospecho comienza desde

que Colón puso pie en las playas de Guanahaní, ese viernes 12 de octubre, lucha cuyo conflicto medular perdura hasta el día de hoy.

En 1987 Efraín Jaramillo en una entrevista[1] les preguntó a distintos líderes de movimientos indígenas qué era la cultura para ellos. Su reacción inicial fue gambetear una respuesta, menos para desaprovechar un espacio de diálogo que para desvirtuar el lugar mismo desde el que se hacía la pregunta. Pienso en esa situación (esa versión en miniatura del "encuentro de dos mundos") y me resulta evidente la dificultad, la imposibilidad, ya no de liberarnos de nuestros propios prejuicios, sino de pensar con los ojos y el cuerpo de otros. Era evidente que el entrevistador usaba la palabra "cultura" como un cajón que podía contener una cosa u otra y era incapaz de verlo como algo móvil, sin bordes, telúrico, indefinido en su amplitud y generosidad. Una de las respuestas que en esa ocasión dio el cuna Binigdi Abadio fue que la cultura no era una parte aislada de su vida, como la pensaban los antropólogos, sino la suma de sus actividades vitales, la vida misma. No sin sorna añadían, en esa misma entrevista, que los canastos

---

1 Se puede leer en la *Antología de grandes entrevistas colombianas* (selección y prólogo por Daniel Samper Pizano), publicada en 2002 por Aguilar.

emberá o las mochilas arhuacas tenían un sentido ritual y un significado único para ellos y que el "pueblo colombiano" —entendamos acá el hombre blanco, el mestizo—, al comprar cualquiera de estos elementos, pensaba ingenuamente que se apropiaba de su cultura y en realidad lo que ocurría es que los despojaba de sentido y valor.

¿Qué tiene que ver esto con los relatos de sufrimiento, diáspora y arduo autodescubrimiento que podemos leer en este libro? Quizás todo, pues, aunque por un lado la lucha indígena sea por su supervivencia y por la recuperación de la tierra que originalmente les pertenece, el otro ámbito de esa lucha se concentra en el campo simbólico: la reivindicación de su cultura, el reconocimiento de su autonomía y la conservación de su arte y sus modos de existir; en suma, su cultura. Y, como buscan desplazarlos y reducirlos, resisten de muchas maneras, pero esencialmente fieles a sus modos de entender la existencia y el territorio; a través de la palabra ancestral, la poesía, los ritos, los cantos, el respeto a la tierra, que es un lugar para vivir y al cual se encuentran atados (y no como algo que se acumula y se explota). Cada uno de los pueblos indígenas resiste para conservar su cosmovisión, y ojalá estos textos contribuyeran a este propósito.

Es difícil pasar por alto que se edita este libro en un momento crítico, en el que las mingas se han movilizado para sumarse a unas protestas de un país inconforme, lo que ha puesto de relieve la violencia con que muchas veces y sin razón alguna se ha tratado a los pueblos indígenas (que son muchos y muy diversos y al tiempo son uno solo, como bien dice Nelson Tuntaquimba Quinche), en contraste con su concepción y métodos de justicia, ligados a la palabra y esencialmente respetuosos de la dignidad humana. En lo que respecta al propósito de este libro, que quede constancia de estos testimonios y llegue su voz (wayuu o embera, yanakuna o nasa) a todos los lugares posibles, pues, como dice Iván Niviayo: "Cuando la palabra está llena de memoria, gana un peso cercano al suspiro; suficiente como para flotar en el aire y caer lentamente con gracia a la tierra como las semillas del diente de león al ser sopladas".

Fredy Ordóñez
Editor de Libro al Viento



LIBRO AL VIENTO

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida en la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales, como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.

libro al viento

TÍTULOS DEL PROGRAMA

20 Iván el Imbécil
León Tolstói

21 Fábulas e historias
León Tolstói

22 La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del sol
Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poemas colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos i
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos ii
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstói

37 Cuentos latinoamericanos iii
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique

38 Cuentos latinoamericanos iv
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 Poesía para niños
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 El libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente

41 Cuentos latinoamericanos v
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 Tengo miedo
Ivar da Coll

43 Cuento de Navidad
Charles Dickens

44 Mitos de creación (2 ediciones)
Selección de Julio Paredes C.

45 De paso por Bogotá
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo xix

46 Misa de gallo y otros cuentos
Joaquim Maria Machado de Assis

47 Alicia para niños
Lewis Carrol

48 Juanito y los fríjoles mágicos
Cuento tradicional inglés

49 Cuentos para releer
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 Cartas de la persistencia
Selección de María Ospina Pizano

51 Rizos de oro y los tres osos
Traducción de Julio Paredes

52 El corazón de las tinieblas
Joseph Conrad

53 Cuentos
Saki

54 Cinco relatos insólitos
H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la Barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística
San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León

59 Por la sabana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 **Historias con misterio**
Ueda Akinari, E. T. A. Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G. K. Chesterton

61 **Cantos populares de mi tierra**
Candelario Obeso

62 **Una ciudad flotante**
Julio Verne

63 **La antorcha brillante**
Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 **Viva la Pola** (2 ediciones)
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 **Soy Caldas** (2 ediciones)
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 **Relatos en movimiento**
Leonid Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 **Historias de mujeres**
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 **El paraíso de los gatos**
Émile Zola

69 **Cartilla moral**
Alfonso Reyes

70 **Tierra de promisión**
José Eustasio Rivera

71 **Pütchi Biyá Uai. Precursores**
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia I (2 ediciones)
Miguel Rocha Vivas

72 **Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte**
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia II (2 ediciones)
Miguel Rocha Vivas

73 **Glosario para la Independencia** (2 ediciones)
Palabras que nos cambiaron

74 **La historia de Rasselas, príncipe de Abissinia**
Sammuel Johnson

75 **Anaconda y otros cuentos**
Horacio Quiroga

76 **El fútbol se lee**
Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 **Escribir en Bogotá**
Juan Gustavo Cobo Borda

78 **El primer amor**
Iván Turguéniev

79 **Memorias palenqueras y raizales** (2 ediciones)
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 **Rufino José Cuervo**
Una biografía léxica

81 **Algunos espectros orientales**
Lafcadio Hearn

82 **Los oficios del parque**
Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 **Calidez aislada**
Camilo Aguirre
Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 **Ficções. Ficciones desde Brasil**
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 **Lazarillo de Tormes**
Anónimo

86 **¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?**
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández BEF, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 **Las aventuras de Pinocho**
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 **Recetario santafereño**
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 **Cartas de tres océanos 1499-1575**
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 **Quillas, mástiles y velas**
Textos portugueses sobre el mar

91 **Once poetas brasileros**
Selección y prólogo de Sergio Cohn
Traducción de John Galán Casanova

92 **Recuerdos de Santafé**
Soledad Acosta de Samper

93 **Semblanzas poco ejemplares**
José María Cordovez Moure

94 **Fábulas de Samaniego**
Félix María Samaniego

95 **Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano**
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 **Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)**
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 **Bogotá contada**
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 **Poesía satírica y burlesca**
Francisco de Quevedo

99 **Diez cuentos peruanos**
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 **Tres cuentos y una proclama**
Gabriel García Márquez

101 **Crónicas de Bogotá**
Pedro María Ibáñez

102 **De mis libros**
Álvaro Mutis

103 **Carmilla**
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 **Caligramas**
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 **Fábulas de La Fontaine**
Jean de La Fontaine

106 **Breviario de la paz**

107 **Tres cuentos de Macondo y un discurso**
Gabriel García Márquez

108 **Carta sobre los ciegos para uso de los que ven**
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 **Bogotá contada 2.0**
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 **50 poemas de amor colombianos**

111 **El matadero**
Esteban Echeverría

112 **Bicicletario**

113 **El castillo de Otranto**
Horacio Walpole

114 **La Gruta Simbólica**

115 **Fábulas de Iriarte**
Tomás de Iriarte

116 **Once poetas holandeses**
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 **Siete retratos**
Ximénez

118 **Bogotá contada 3**
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 **Guadalupe años sin cuenta**
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 **«Preludio» seguido de «La casa de muñecas»**
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 **Sylvie, recuerdos del Valois**
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 **Once poetas franceses**
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 **«Piel de asno» y otros cuentos**
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 **Bodas de sangre**
Federico García Lorca

125 **Maravillas y horrores de la Conquista**
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 **Bogotá contada 4**
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 **La historia del buen viejo y la bella señorita**
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 Shakespeare: una indagación sobre el poder
Estanislao Zuleta

138 Versiones de la Independencia

139 Cuentos míticos del sol, la aurora y la noche
Teófilo Braga

140 Fábulas de Tamalameque
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 Cancionero de Rock al Parque

142 Bogotá contada 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez

143 «Naricita impertinente» y «La finca del pájaro carpintero amarillo»
Monteiro Lobato
Traducción de Mariana Serrano Z.
Ilustradas por Sindy Elefante

144 Novela de ajedrez
Stefan Zweig
Traducción de David Alvarado-Archila

145 Relatos de fantasmas
Edith Wharton
Traducción de Juan Manuel Caycedo

146 Al amparo del bosque
Antología colombiana de poesía homoafectiva - Investigación y compilación de Omar Ardila

147 Trece relatos nórdicos
Varios autores

148 De sobremesa
José Asunción Silva

149 Diez cuentos del Decamerón
Giovanni Boccaccio

150 Viaje alrededor de mi habitación
Xavier de Maistre

151 La calle 10
Manuel Zapata Olivella

152 Paco Yunque
César Vallejo

153 Un corazón sencillo
Gustave Flaubert

154 Bogotá contada 7
Orlando Echeverri
Margo Glantz
Betina González
Carlos Granés
Cristina Morales
Julianne Pachico
Antonio Ungar

155 Historias de Eusebio
Ivar Da Coll

156 Bogotá contada 8
María Leubro
Andrea Mejía
Juliana Muñoz Toro
Andrea Salgado
Carolina Sanín
Lina Tono
Adriana Villegas

157 Recuerdo mi origen
Siete testimonios de resistencia indígena
Vito Apüshana
Fredy Chikangana
Nataly Domicó
Hugo Jamioy
María Violet Medina Quiscue
Iván Niviayo
Nelson Tuntaquimba Quinche
Cristian Valencia (compilador)

libro al viento

COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.

libro al viento

Recuerdo mi origen fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cincuenta y siete, y se imprimió en el mes de agosto del año 2021 en Bogotá.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«La palabra cargada de memoria
germina sobre la cultura, tejiendo el tiempo
de los ancestros con nuestro tiempo».

Iván Niviayo

Propuestas no convencionales

LIBRO AL VIENTO LATERAL

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

La edición de este libro hace parte de la celebración de los 10 años del Instituto Distrital de las Artes-Idartes. ¡Diez años celebrando la vida a través del arte y la cultura!

libro al viento

LEER PARA LA VIDA

10 a–os IDARTES

COMISIÓN DE LA VERDAD

LA PAZ QUERIDA

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C. | BOGOTÁ